

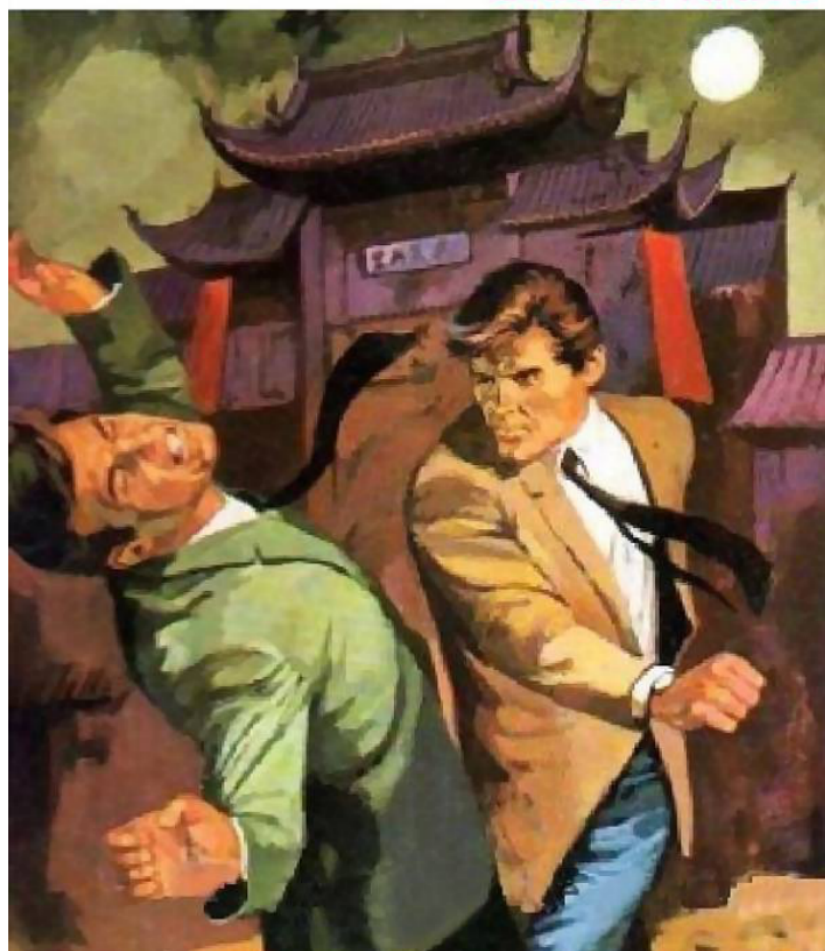
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el espía que llegó del sol

SILVER KANE





SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

EL ESPÍA QUE LLEGÓ DEL SOL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.143

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1972

© SILVER KANE - 1972
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
 - 1.266 -La mujer más bonita de Kansas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
 - 1.131 -Las sendas del infierno.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
 - 738 -Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
 - 666 -Un buitre llamado Cox.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
 - 973 -Cara Dura "City".
- En Colección ASES DEL OESTE:
 - 502 -Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
 - 599 -Las cuatro novias del diablo.
- En Colección COLORADO:
 - 637 -Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
 - 751 -Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
 - 531 -El asesino de las doce en punto.
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
 - 131 -Los caballistas.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
 - 78 -Mariposas negras.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA MAÑANA DE SEPTIEMBRE

Las primeras brumas empezaban a flotar sobre el Hudson, presagiando el otoño, cuando amaneció lo que en Sing-Sing

llamaban «El día de los muertos». Durante tanto tiempo no se había ejecutado a nadie en la vieja prisión, que una jornada como la que empezaba ahora tenía carácter excepcional desde semanas antes, se sabía que aquello iba a suceder, pero los expertos. —Periodistas, abogados y políticos—, pensaban que la ejecución no llegaría. Sin embargo, esta mañana, cuando las brumas flotaban sobre el Hudson, se había perdido ya toda esperanza.

El lento cortejo avanzaba hacia la celda número uno del pasillo de los condenados a muerte.

El pasillo estaba lleno.

Muchos asesinos convictos esperaban allí su ejecución, pero la aplicación de la pena capital estaba en suspenso por el momento, y debido a ello se pudrían en sus cubículos numerados aguardando un día que no llegaría nunca. En cambio para el ocupante de la celda número uno el día había llegado. Los carceleros ya estaban ante su puerta. El capellán que había de acompañarle en sus últimos pasos, también estaba allí.

Fue el capellán el que susurró:

—Valor, Donovan.

Donovan le miró con expresión tranquila.

Y hasta logró sonreír.

—¿Sabe, Padre? —murmuró—. Me conmueve que venga a despedirme con esa cara uno que es de mi oficio. Anímese, hombre. Usted debiera saber que morir es lo más natural del mundo.

El capellán de Sing-Sing, mejor dicho, uno de los capellanes, pues los hay de diferentes confesiones religiosas, logró que su expresión fuera un poco más alentadora.

—También es la primera vez que yo despido a un sacerdote que va a morir —dijo.

Donovan le puso una mano en el hombro.

Contaría unos cincuenta años. Era un hombre alto, erguido. Tenía los cabellos completamente blancos. Su aspecto era de hombre que ha corrido mucho mundo, de hombre que se las sabe todas en el camino de la vida. Quizá por eso no le afectaba demasiado el saber que dentro de unos minutos se abriría para él la última puerta.

—Hace años que dejé de ser sacerdote, y usted lo sabe —susurró Donovan—, pero durante los años en que lo fui, mi trabajo resultó incesante. Quizá en eso consista mi único orgullo en el momento de morir. Como ministro de una secta protestante, recorrí China predicando la palabra del Señor. Luego, al volver a los Estados Unidos, me convertí en un hombre más de los que luchan por el último modelo de televisor y por la más moderna carrocería de coche. Me convertí en un estúpido más, y quizá por eso no me duele tanto acabar ahora. Al fin y al cabo, es un final lógico.

El mismo se dirigió hacia la puerta mientras añadía en voz baja:

—Acabemos cuanto antes, colega.

Se dirigió con paso firme a la sala donde iba a tener lugar la ejecución.

Sabía que estaba a muy poca distancia.

Sabía que no había sido usada en bastante tiempo y que él casi iba a tener el honor de estrenar la «máquina».

Su paso era tan decidido, tan rápido, que los del cortejo apenas podían seguirle. Se habían invertido allí todas las reglas. Era el condenado el que tiraba de los guardianes y el que casi los llevaba a rastras tras él.

Se detuvo en el umbral.

Y entonces vio la «máquina».

Era la primera vez que veía en realidad la silla eléctrica, aunque la conocía a través de muchos relatos y le pareció mucho más

impresionante y solemne de lo de diversas fotos. Pero al encontrarla de pronto ante él le pareció mucho más impresionante y solemne de lo que había imaginado. Por un momento vaciló.

El capellán, que iba inmediatamente tras él, se detuvo también.

—No falle ahora, Donovan. Ha sido usted un valiente todo este tiempo. Resista un par de minutos más.

—No es eso. Padre. No es miedo.

—¿Piensa tal vez en alguien?

—Sí. En mi hija.

—No sufra, Donovan. Nosotros procuraremos que no le falte nada.

—Gracias, pero...

Uno de los guardianes de la sala de la muerte se acercó a Donovan y le dijo con la mayor cortesía, como un acomodador que recibe a los espectadores en un teatro.

—Siga, por favor. Yo le acompañaré.

No había nada de fúnebre en todo aquello.

Todo parecía convencional, todo parecía como si se desarrollase en el interior de una oficina.

Donovan paseó una mirada por los testigos.

Rostros tensos, expectantes. Rostros asustados, en algunos casos. Ojos helados, casi indiferentes, cuando se trataba de los hombres del FBI que habían ayudado a arrestarle y que ahora iban a ser testigos del acto final de la tragedia.

Unos cuantos pasos.

Y la silla ya estaba allí.

Podía tocarla.

Donovan acarició casi con cariño el último mueble que sus dedos rozarían. Luego, se sentó y permitió que le aplicaran los electrodos, mientras mantenía cerrados los ojos.

No se movió ni cuando las correas lo ataron sólidamente. Sus labios se movían a intervalos, como si temblaran.

Todo el mundo pensó que estaba rezando.

El silencio se hizo agobiante.

Las miradas estaban fijas no en el condenado, al que ya sólo faltaban segundos para morir, sino en el teléfono situado junto al alcaide de la prisión, el que había de dar la orden para que la pena fuera ejecutada.

Por aquel teléfono aún podía llegar el indulto.

El gobernador del Estado o tal vez el propio presidente de los Estados Unidos, podía detener con su voz aquella especie de marcha infernal. Podía ordenar un simple: «¡Deténganse!», en la última fracción de segundo.

Y era lo que todos esperaban.

Los segundos se hacían eternos, inacabables. Todos los ojos estaban fijos obsesivamente en aquel teléfono.

El propio alcaide parecía esperar lo mismo. Por eso retrasaba la ejecución. Ya hacía minuto y medio que ésta debía haberse consumado.

Dos minutos...

La tensión se había hecho insoportable. El propio alcaide comprendió que no hacían más que aumentar los sufrimientos del condenado.

Y pulsó el botón que encendía la luz del apartamento del verdugo.

Éste llevaba años sin realizar aquel desagradable trabajo. Un trabajo tan sencillo, sin embargo, como mover una palanca.

Las luces disminuyeron de intensidad.

La primera descarga había pasado por el cuerpo del condenado.

Éste sufrió una terrible sacudida, como si fuera a salir disparado de la silla, pero las correas le detuvieron. Una segunda descarga le inmovilizó, y entonces, de su cuerpo empezó a salir una débil columnita de humo. Había sido materialmente abrasado.

Sus labios, sin embargo, aún parecieron moverse, de bajo del terrible casco que enviaba la descarga a la cabeza.

Todos pensaron lo mismo: que había muerto rezando.

Y era la verdad, pero no toda la verdad. Porque Donovan había rezado antes de morir, pero su última palabra había sido una palabra bien entrañable y bien simple:

—Mi hija...

CAPÍTULO II

UNA TARDE DE SEPTIEMBRE

El coche, un «Cougar» rojo de modelo ya algo antiguo seguía llamando la atención, se detuvo a la altura de la calle Cincuenta y Tres, en la Sexta Avenida, junto a la puerta de un aparcamiento privado. De él descendieron tres hombres, mientras el conductor continuaba guiando el vehículo hacia el interior del recinto. Los tres hombres miraron un momento en torno suyo, como desorientados.

Eran muy similares.

Los tres parecían miembros de un equipo de *rugby*, por su juventud y por la sensación de fortaleza que daban. Los tres tenían los ojos grises, pero con gradaciones de color que iban desde el acero absoluto a un gris suave que parecía despedir una leve chispita humana.

El mayor de aquellos hombres. —Unos treinta años— miró a los otros dos.

—¿Ya no se acuerda, Bannister? Usted estuvo aquí.

Bannister era algo más joven. Debía tener unos veintiocho años. De los tres era el que ofrecía una mirada algo más cordial, algo más humana. Una mirada menos oficial, en suma.

—Sí —dijo—, estuve aquí, pero hace dos años, cuando Donovan fue detenido. Creo que... Ah, sí, es en aquella casa.

—Han cambiado bastantes números —dijo el que había hablado primero—. Ahora esto es un verdadero lío.

Pasaron la calle los tres, sorteando los automóviles que iban deteniéndose ante la luz roja. Unos momentos más tarde penetraban en un sencillo edificio de apartamentos que era uno de los más modestos de la calle, aunque conservaba un aire de dignidad.

Llamaron a una puerta del segundo piso.

La muchacha que les abrió hizo que los tres tuvieran al mismo tiempo una sacudida de sorpresa. Bannister también pese a que ya la conocía. Y es que aún le pareció más hermosa que la primera vez que la vio.

El mayor de los tres hombres se quitó el sombrero.

Su gesto era respetuoso, pero sus ojos seguían teniendo el brillo helado del acero.

—¿Señorita Elinor Donovan? —susurró.

—Soy yo misma.

—Permita que me presente. Soy Richard Forsyte, agente del FBI. Mis compañeros son el señor Connor, de la penitenciaría de Sing-Sing, y el señor Bannister, detective privado. Creo que al señor Bannister, ya lo conoce usted.

—En efecto, trabajó para mi padre... cuando lo detuvieron.

—Busqué pruebas que acreditaran su inocencia —dijo Bannister en voz baja—, pero tuve uno de los fracasos más amargos de mi vida.

—¿Podemos pasar? —susurró Forsyte.

—Claro, pasen.

Los tres hombres penetraron en el interior. La casa era modesta, pero estaba amueblada con gusto. Claro que ninguno de ellos se dio cuenta exacta de cómo era porque los tres tenían los ojos clavados en las suaves curvas de la muchacha.

No hubieran querido hacerlo.

Pero no podían evitarlo. Era algo que parecía venir del fondo de su sangre y que era superior a sus fuerzas.

La muchacha era lo que, en lenguaje directo, se llamaría «una señora estupenda». Pero tenía algo más. Tenía, además, una suave melancolía, una especial tristeza. Diríase que un extraño halo de poesía la rodeaba. Y la combinación tan poco usual de esas cosas. —Unas curvas sólidas y agresivas y un aspecto dulce y soñador—, hizo que los tres hombres vacilaran un momento, como si se encontraran ante algo que no iban a volver a ver nunca más.

—¿Quieren sentarse?

Los tres lo hicieron en un diván, y Elinor tomó asiento en una butaca frontera. Su falda era muy cortita, pero ella la estiró cuanto pudo. Sus piernas seductoras, sin embargo, se exhibían tan

generosamente que Bannister carraspeó.

—Estos dos funcionarios —dijo tras una vacilación—, vienen en misión oficial. Yo sólo he venido a acompañarlos como... como amigo de su padre.

—Se lo agradezco, señor Bannister. Pero ante todo, ¿no quieren tomar algo?

—No, no se moleste...

—¿Cigarrillos?

—Está bien. No quisiéramos rechazárselo todo...

Ella palpó la mesa que había entre la butaca y el diván.

Buscaba, evidentemente, los cigarrillos.

Pero los buscaba con los dedos.

No con los ojos.

Por fin los encontró.

Una leve sonrisa de cortesía asomó a sus labios en tanto tendía el paquete hacia donde suponía estaban los tres hombres.

Bannister dio un codazo a Forsyte.

—«¿Lo ves? —Pareció decirle—. ¿Te convences de qué es ciega?».

Connor inclinó la cabeza.

Le daba vergüenza todo aquello.

Era zorro viejo en aquella clase de misiones, pero aun así sentía una violenta incomodidad, una pesadumbre que le impedía fijar la vista en ninguna parte.

Forsyte, el agente del FBI, era el que mantenía una actitud más rígida y oficial. Fue él quien musitó:

—Señorita Donovan, usted sabe que actualmente la pena de muerte está, por decirlo así, en suspenso en los Estados Unidos, lo cual no quiere decir que haya sido abolida. En teoría una pena de esa clase puede ejecutarse en cualquier momento, pese a que ahora no sea costumbre.

—Lo sé —bisbiseó ella—. En eso tengo confianza. Mi padre me ha insistido en ese punto en todas sus cartas. Me ha dicho que no tuviera miedo.

Bannister entrelazó los dedos nerviosamente.

Menos mal que la muchacha no podía ver su expresión de vergüenza ni podía ver las gotas de sudor que surcaban su rostro. Pero, quizá por eso mismo, aquella situación le parecía más

miserable.

Forsyte continuó.

—Ejem... Sí, su padre tenía razón. Bueno, razón en modo... Las cosas son como son y uno no puede cambiarlas. Pero a lo que iba: usted conoce las acusaciones que en el juicio se hicieron contra su padre.

—Sí. Espionaje atómico a favor de China.

—Su padre era ministro de una secta protestante y predicó la palabra del Señor durante muchos años en aquella inmensa tierra. Allí sepultó a su esposa y allí nació usted. Se dice que el pastor Donovan recorrió todo China a pie. Y que la llevaba a usted cargada sobre la espalda, en una especie de asiento mochila.

Los ojos de Elinor, terriblemente fijos, se nublaron en un instante. En el fondo de ellos palpitaba como un brillo permanente de lágrimas, unas lágrimas tenaces que se negaban a surgir.

Bannister conocía aquel fenómeno. Lo había visto en mujeres cansadas de llorar y que al fin, un día dejaron de llorar para siempre, como si se hubieran secado sus ojos, aunque una sorda desesperación las destrozara por dentro.

—Sí, —dijo—, mi padre me llevó a través de toda China. — Cuando ésta aún se hallaba convulsionada por la guerra civil. Lo mismo iba a las zonas comunistas que a las nacionalistas. Los campesinos eran iguales en un sitio que otro, y todos escuchaban con sencillez la palabra de Dios. Eso le enseñó a amar a las gentes de aquel país. Conocía su miseria, su dolor y su verdad. Mi padre decía que era el país más viejo, más sabio y más triste del mundo. Lo amaba con locura. Cuando le pidieron desde Washington que regresara a los Estados Unidos, fue una especie de golpe de muerte para él.

—Porque amaba tanto a China —dijo Forsyte—, espío a favor de ella, ¿no?

Elinor hundió un momento la cabeza.

Había oído aquella acusación cuando asistió a la primera sesión del juicio, para no volver nunca más. Había oído aquellas palabras con que su padre se acusó imprudentemente a sí mismo: «China era también mi patria». Y recordaba el estallido del fiscal cuando casi se abalanzó sobre él, antes de ser llamado al orden por el juez: «¡Ya lo ven! ¡El mismo reconoce su traición! ¿Qué más necesitan?».

—China —repitió Elinor, como si fuera la propia y lejana voz de su padre—, era su segunda patria.

—A la que facilitó importantes secretos militares de este país. Lo peor fue que nadie sospechaba de él, porque nadie sospecha en principio de un pastor de almas.

—Mi padre trataba con amigos —musitó Elinor—, viejos amigos llegados también de China.

—Y que eran simples espías —musitó Forsyte—. Hombres que cobraban por provocar tal vez otra conflagración mundial, más terrible que todas las anteriores.

—Mi padre jamás cobró un centavo —dijo Elinor, alzando la cabeza en actitud bruscamente agresiva—. Él obraba por idealismo. Obraba así, porque conocía y amaba al pueblo chino, sin distinción entre los que lo gobiernan.

—Siempre ha habido espías idealistas —murmuró Forsyte—, pero éstos son los más peligrosos.

—Mi padre —gimió Elinor, como si lo estuviera defendiendo aún—, creía en algo que a muchos les parece terrible, pero que es la gran verdad de nuestro tiempo. Había visto tantas guerras y tantas miserias que ya no creía en la bondad de los hombres. Creía sólo en el equilibrio de las fuerzas en disputa, es decir en el equilibrio del terror, si dos que van a pelearse son igualmente fuertes, no se pelearán. Si las grandes potencias, entre ellas China, llegaban a estar igualadas en armamentos, ninguna de ellas provocaría la guerra por temor a ser destruida a su vez. Ese pensamiento guió su actuación. No digo que fuera una actuación buena ni mala. No puedo juzgar los actos del hombre que me dio la vida. Pero lo único que digo es que los jurados han sido demasiado duros con él. Desde hace años, ningún espía en este país es condenado a muerte.

Los tres hombres se miraron.

Hasta el mismo Forsyte, el más decidido, tragó saliva.

Parecía no saber qué decir.

Y al fin, decidiéndose con un gesto, rompió el silencio que se iba haciendo agobiante y murmuró:

—Lo de su padre no era sólo espionaje. Era... Bueno, usted ya lo sabe. Mató a uno de mis compañeros, mató a un agente del FBI, cuando se vio descubierto, y trató de huir.

—Mi padre no lo mató. Fue un accidente de tráfico.

—El jurado no lo estimó así.

—¡Por Dios, Forsyte! —masculló Bannister, más nervioso cada vez—. ¿Es que necesitamos repetir la acusación ahora?

Elinor había retorcido los dedos con un gesto de desesperación. Mirando adonde estaba Forsyte, pero sin verle, susurró:

—No se puede pedir a un hombre que huye que se acuerde de respetar una señal de dirección prohibida.

—Pero sí que puede acordarse de obedecer una señal de alto, —dijo Forsyte—. En fin, perdóneme... Eso ya es agua pasada.

—Lo es —reafirmó Elinor—. Perdóneme también a mí. Me he excitado sin darme cuenta.

—Es natural. Al fin y al cabo usted defiende a su padre.

Elinor Donovan dejó que las manos descansaran al fin sobre sus rodillas, donde adquirieron una línea mansa y plácida, como si después de aquellas palabras ya no esperara nada malo.

—Sé que lo indultarán —musitó—, aunque sea dentro de muchos años. Usted lo ha dicho bien: en estos momentos ya no se ejecuta a nadie en los Estados Unidos.

Los tres hombres parecieron recorridos por una misma sensación de frío.

Ya se habían dado cuenta enseguida de que la muchacha les recibía con demasiada naturalidad. Ya se habían dado cuenta de que posiblemente no había oído la radio aquel día, ni su asistente le había leído los periódicos. Pero ahora tenían la evidencia de todo eso. Ahora les recorría la espalda aquella sensación de helado terror.

Elinor Donovan no sabía nada acerca de la ejecución.

Pensaba que su padre permanecía aún en la sección de los condenados a muerte, como tantos y tantos otros.

Fue Connor el que adelantó las manos.

Llevaba un objeto en ellas, balanceándose al extremo de una cadena.

Era un reloj de acero. No tenía valor material en sí, pero aquel reloj había señalado la hora del nacimiento de Elinor. Había señalado la hora de la muerte de su madre. Había recorrido la inmensa China, asolada por la guerra civil. Había marcado luego las horas desconcertantes de su regreso a los Estados Unidos.

Hizo que lo rozaran los dedos de la muchacha.

Elinor bisbiseó:

—¿Qué es esto?

—El reloj de su padre. Fue el único objeto que nos rogó que... que le entregáramos a usted.

Los dedos de Elinor, que habían llegado a rozar aquel disco entrañable, retrocedieron como si quemase. A sus ojos sin luz asomó una expresión de terror.

No pudo decir una palabra.

De pronto su cuerpo resbaló a lo largo del diván. Su cuerpo juvenil se deslizó hasta el suelo. Sus maravillosas y torneadas piernas quedaron del todo al descubierto.

Forsyte y Bannister ayudaron a tenderla sobre el diván. Luego se miraron sin saber qué hacer.

—Se ha desmayado —susurró Connor, que parecía el más aturullado de los tres—. Esto... Bueno, yo no lo esperaba.

—Usted es el que tiene más experiencia en estas cosas —dijo Bannister—, y el que debía darle oficialmente la noticia de la ejecución. Si le hemos acompañado ha sido por... Bueno, por cortesía. Usted sabrá lo que tiene que hacer.

Y se dirigió a la puerta.

Forsyte, murmuró:

—Espere. Voy con usted.

—¡Eh! ¡No me dejen solo, maldita sea! —gritó Connor—. ¡Yo sólo soy un funcionario de la prisión! ¡Yo no sé qué demonios hay que hacer con las chicas desmayadas!

Bannister estuvo a punto de decirle: «Atícele un mordisco».

Pero le pareció demasiado sarcástico. En lugar de eso murmuró:

—Le aconsejo que llame a una enfermera. Hay docenas de ellas en la guía telefónica. Pero a nosotros no nos meta en el jaleo. No queremos estar aquí cuando despierte.

Y abrió la puerta para escapar a toda prisa.

La verdad era que a Bannister, además, se le hacía tarde.

Tenía una cita.

Pero de eso los otros dos no sabían ni una maldita palabra...

CAPÍTULO III

UNA NOCHE DE SEPTIEMBRE

La placa que estaba en la puerta del despacho decía:

OHN BANNISTER Investigación Privada

Bannister la empujó.

Más allá había una salita de espera con un diván, varios sillones y una mesa con revistas atrasadas.

Una salita de espera como debe ser. Amplia y cómoda para que aguarden docenas de clientes.

Sólo que allí jamás había esperado nadie.

Los escasos clientes nunca hubieron de guardar turno. Siempre eran empujados a toda prisa hacia el despacho, para evitar que se escapasen.

Bannister entró también.

Vio una gran mesa de nogal.

En ella había dos bandejas. Una de ellas decía: «Facturas por cobrar». La otra «Facturas por pagar».

La primera estaba vacía.

Daba la sensación de no haber sido estrenada aún.

La otra estaba tan llena que los papeles hasta se caían por el suelo.

Detrás de la mesa había un sillón rotatorio.

Y un diploma.

El diploma acreditaba que John Bannister podía ejercer la profesión de detective privado en el Estado de Nueva York, lo cual también quería significar, más o menos, que era un joven de buena conducta.

Más allá de la mesa había dos butacas.

Y en una de las dos butacas había dos piernas.

Dos piernas de chica.

A cual mejor.

Uno no sabía si quedarse con la de la izquierda o la de la derecha. O mejor con las dos a la vez.

La chica tenía unos labios pulposos y rojos.

Una cara insolente.

Una expresión moderna, pero a la vez viciosa, de mujer decidida que sabe lo que quiere.

Y en este momento quería a John Bannister.

Barbotó:

—Has tardado mucho, cariño.

John Bannister miró aquellas piernas.

Diablos, aquello era lo único bonito de su profesión, una profesión donde había demasiados disgustos, demasiados trompazos y demasiadas puñaladas junto al río Hudson. Lo que tenía de buena, era que se podía conocer a chicas como aquélla. Y conocer sus problemas. Y a veces remediarlos con una buena colección de besos.

Bannister, susurró:

—He tenido un asunto difícil. Comunicar a una chica que había sido ejecutado su padre.

—¿Una chica? De modo que esas tenemos, ¿eh?

Lo de la ejecución no le había importado nada a la dueña de las hermosas piernas.

Lo único que le fastidiaba era lo de la «competencia».

—No debes preocuparte —susurró Bannister—; es una muchacha ciega. Yo había trabajado tratando de encontrar pruebas de la inocencia de su padre, pero fracasé. Quizá porque su padre, en verdad, no era inocente.

—Los padres nunca son inocentes —dijo la chica levantándose voluptuosamente—. Los padres son un asco.

Y avanzó hacia él.

Bannister pensó:

«Una buena pieza».

Un año antes aquella preciosidad, aquella escultura de carne palpitante, aquel estuche lleno de placeres había venido a su tronado despacho diciéndole que estaba harta de la vida familiar y

que quería vivir su vida. Ketty Houston, heredera de una de las mejores fortunas de la ciudad, quería pruebas de que su padre engañaba a su madre con una actriz de *burlesque*, de esas que enseñan el pompis a horas fijas. Quizá la prueba del adulterio podría traer la consecuencia de que su padre fuera privado de la administración de sus bienes y Ketty Houston entrara en posesión anticipada de la herencia. En resumen, que a aquel bomboncito de mujer no le importaba destruir una familia con tal de reventarse unos cuantos dólares.

Naturalmente, John Bannister, que aún creía en el honor y todas esas cosas, había estado a punto de echarla por la ventana.

Pero la ventana sólo tenía un piso de altura. No le hubiese hecho demasiado daño.

Y además la chica, mientras le hablaba de sus planes, había cruzado las piernas de una manera especial.

John Bannister había perdido el mundo de vista.

Había dejado de creer en el honor.

Y así llevaban un año.

Ella hizo «chup, chup» con sus labios húmedos y gordezuelos a medio palmo de su boca.

Y Bannister acabó con las pocas reservas de moral que le quedaban.

Ya no se acordó para nada del hombre que aquella mañana había tenido una cita con la muerte.

Ni de su hija, que había quedado en manos de Connor.

Sólo importaban aquellos labios.

Aquellos labios que estaban diciendo: «¡Bésame, tonto!».

Y Bannister los besó. Y se hundió en el olvido que le ofrecían aquellas curvas turgentes y prietas. Y su juventud se perdió en la juventud de Ketty. Y los dos se olvidaron del tiempo.

Fue mucho tiempo después cuando él susurró:

—¡Diablos! ¡Ya es noche completa! ¡Qué tarde se ha hecho!

Ketty se desperezó con la lentitud de una gata mientras susurraba:

—Pero hay que ver qué tontos sois los hombres... ¿A quién vas a hacer más caso? ¿Al reloj o a mí, so cafre...?

CAPÍTULO IV

UN DÍA DE SEPTIEMBRE UN AÑO DESPUÉS

Elinor avanzó como si viera normalmente. Se movía con seguridad en aquel mundo tan conocido de las cuatro paredes de su hogar, un mundo del que apenas salía nunca. Desde la ejecución de su padre, justo un año antes, apenas había abandonado aquel recinto que era el único en el que se sentía segura. Ahora sus dedos rozaron el reloj que colgaba en un lugar preferente de su sala de trabajo. Le dio cuerda con movimientos lentos, amorosos. Ni un día había dejado de hacerlo desde que Connor, el funcionario de Sing-Sing, se lo entregó, poco después de ser ejecutado su padre.

Aquel
tic-tac
tan monótono y lento la tranquilizaba. Aquel tictac, tan conocido presidía el ritmo de su vida.

La muchacha de unos catorce años dejó el piano y pasó junto a ella.

—¿Ya basta de lección por hoy, señorita?

—Sí, Mary; gracias. Mañana a la misma hora.

—Gracias a usted, señorita. Hasta mañana.

Desde el encarcelamiento de su padre, Elinor Donovan, una auténtica experta en música, daba clases particulares de piano. ¿A qué otra cosa puede dedicarse una ciega?

Cuando la alumna hubo marchado, la asistente, una portorriqueña que vivía en Nueva York desde veinte años antes, entró con un sobre.

—¿Ya no tendrá más clases hoy, señorita?

—No, ya no tendré más.

—Ha llegado esta carta para usted. ¿Puedo leérsela?

—¿No es una carta del Banco diciendo que tengo que pagar algo?

—No, esta vez no es del Banco. Por eso se la he entrado lo antes que he podido.

—¿Tiene remite?

—Sí. La envía un tal señor Norton, que vive en la Calle Doce.

—No le conozco.

—Puede ser algo importante. ¿Quiere que se la lea?

—Sí, por favor. Hazlo.

La asistente rasgó el sobre.

La carta estaba escrita a máquina. Decía:

«Distinguida señorita Donovan: Aun sin conocerla, me dirijo a usted movido por un desinteresado impulso. Soy un profesor de treinta años. Enseño Historia Moderna y me he preocupado intensamente de los problemas y tensiones de nuestro mundo de hoy. Ello me hizo interesarme, al principio de pasada y luego de una manera muy intensa, por la figura de su padre de usted, el señor Donovan. Reconozco que su personalidad ha llegado a obsesionarme.

»Los puntos de vista que él sustentó en vida me parecen tan respetables que creo que las generaciones actuales no deben desconocerlos por más tiempo. En este sentido me dirijo a usted, porque quisiera escribir una biografía, donde se narre todo lo que fue la vida ejemplar y novelesca de su padre.

»Por fortuna para todos, y a pesar de sus defectos, éste es un país libre. Nada se opone por tanto a que yo demuestre que con el pastor de almas Donovan se cometió un terrible error. Él fue un hombre bueno cuyas ideas no coincidían en aquel momento con las que tenía su Gobierno. Pero ya ve usted. Ahora el mundo entero ha cambiado de opinión y China Roja tiene un asiento en la ONU. Las ideas no son las mismas, pero su padre ya está muerto.

»Mi libro pretenderá ser una defensa de este sagrado principio: siempre que un hombre actúe

desinteresadamente, no debe ser jamás ejecutado por sus ideas, aunque se crea que ha perjudicado al país. Porque las ideas cambian, pero de la muerte ya no se puede volver.

»Me gustaría mucho por tanto, y si mi idea le parece justa, que usted me facilitara algunos datos acerca de la vida de su padre. Como yo también conozco algo de China, podré orientarme fácilmente con las explicaciones de usted.

»Un detalle más: No crea que soy un principiante ni un incontrolado. Me comprometo a hacer un trabajo digno. Por si quiere más datos de mí, tengo publicado un libro titulado; *Una moderna visión de nuestro tiempo*, que puede consultar, por ejemplo, en la Biblioteca Municipal de Nueva York. Ello le dará idea de mi estilo y de mi experiencia.

»Le agradecería mucho que me contestara a las señas que señalo en esta carta, y sin otro motivo, téngame por su atento afectísimo,

»James Norton».

Cuando terminó de leer, la asistenta quedó un momento con la mano derecha en alto, sosteniendo el pedazo de papel.

Sus ojos estaban perdidos en la lejanía.

—Son unas hermosas palabras, señorita Elinor —susurró—. El que escribe así me parece un hombre honrado y bueno. Ya es hora de que alguien hiciera justicia a su padre.

Clavó entonces sus ojos en la muchacha.

Y se sorprendió.

—¿Qué pasa, señorita Elinor? ¿Está llorando?

En efecto, por primera vez en casi tres años, unas lágrimas habían aparecido bajo los párpados de la muchacha. Elinor, que no había llorado cuando su padre fue condenado a muerte, que no había llorado al conocer su ejecución, lloraba ahora cuando alguien le decía una cosa tan sencilla: que tenía fe en él.

Con un gesto brusco, Elinor se secó las lágrimas.

—Sí —dijo—, son unas hermosas palabras.

—¿Qué va a hacer? ¿Va a contestarle?

—Creo que es justo. No puedo desairar a un hombre que me habla así. Pero al mismo tiempo...

—¿Qué Elinor?

—... Al mismo tiempo necesitaría saber algo más sobre ese hombre. La vida de mi padre no puede escribirla cualquiera. No me basta con saber que es un profesor de Historia Moderna.

—Haga una cosa: vaya a la Biblioteca Municipal y consulte su libro.

—Sí, eso voy a hacer, pero no puedo leerlo.

—¿Voy con usted y se lo leo?

—No consentirán que en la sala alguien esté leyendo en voz alta. Pero tampoco hace falta. Sólo tocando un libro ya puedo hacerme idea de lo importante que es. Y consultaré opiniones.

—Es una buena idea, Elinor. Vaya.

La muchacha salió y tomó un taxi delante de su casa. Conocía aquel sector de calle tan bien que se movía con la misma precisión que los que disponían de sus dos ojos. Sabía «ver» las luces rojas y verdes por el sonido de los coches y de los pies. Y conocía palmo a palmo la situación de la parada de taxis.

Poco después estaba ante la inmensa mole de la Biblioteca Municipal de Nueva York, uno de los edificios más clásicos y más monolíticos de la ciudad. El taxista estacionó el coche y la acompañó a la sala de lectura. Una vez allí, Elinor pidió la ficha de James Norton.

—Sólo tiene una obra —dijo la empleada, después de consultarla.

—¿Es un tema histórico? ¿Algo sobre nuestro tiempo?

—Sí... Exacto, eso es. Y se ha editado hace pocos días, pero es obra para consulta de universitarios. No sé si estará a la venta en todas partes.

—Eso no importa, puesto que ustedes la tienen aquí. ¿Podría dejármela?

—Naturalmente. Pero de todos modos no... no está escrita en sistema Braille, para ciegos. Quiero decir que usted no podrá leerla.

—Es igual. Bastará con que usted tenga la bondad de darme unas explicaciones.

—Con mucho gusto.

La bibliotecaria volvió poco después con un grueso volumen que

puso ante las manos de la muchacha. Ésta se dio cuenta, sólo al tacto, de que se trataba de una obra importante. Su número de páginas era muy cuantioso. La encuadernación parecía de primera calidad. No suele encuadernarse así una obra de poco mérito.

—¿Quiere decirme de qué trata? —preguntó Elinor con una sonrisa—. Estoy interesada, ante todo, por las características del autor.

La bibliotecaria la hojeó un momento.

—Es una obra importante —dijo—. Aquí están las biografías de todas las personas que han tenido influencia en la historia de nuestro tiempo. La parte fotográfica también es muy cuantiosa. Hay bastantes planos. Y parece un libro de gran ambición. Además... bueno, además es bastante caro. Es el único defecto que le veo. No creo que lo compre mucha gente.

—El autor, James Norton, ¿es muy conocido?

—No lo sé... Aquí puede decirse que conocemos a los autores sólo por las fichas de sus obras. Reconozco que estamos un poco deformadas profesionalmente. Hay autores malos que para nosotros son importantes porque tenemos depositadas docenas de sus obras. Y autores buenos que nos pueden pasar desapercibidos porque sólo tienen un libro en la biblioteca. Éste es el caso del señor Norton. Puede ser bueno, pero nosotros sólo lo conocemos a través de una ficha. ¿Quiere llevarse el libro a casa? Necesitará dejar en la biblioteca un pequeño depósito.

—No llevo dinero ahora —susurró Elinor—. Tal vez vuelva dentro de un par de días, pero por el momento ya he tenido bastante.

Y era verdad. Lo que sabía la había dejado tranquila. Y hasta sentía como un principio de cosquilleo interior, como un principio de felicidad al pensar que el doloroso paso de su padre por la vida no había sido en vano.

No se dio cuenta de que alguien la seguía. Alguien que no le había quitado los ojos de encima desde que puso los pies en la biblioteca.

Aquel alguien era John Bannister, el detective privado. John Bannister, el muy maldito, no le había quitado ojo de encima, pero no porque deseara proteger a la muchacha, sino porque le gustaban sus piernas.

Todavía eran mejores que las de Ketty Houston.

Y eso que las de Ketty Houston... ¡vaya piernas, señores!

Bannister la siguió hasta la salida y vio que ella solicitaba la ayuda de un guardia para que le buscara un taxi. Era una ocasión magnífica para abordarla y llevarla hasta su casa... donde cualquier cosa podía suceder.

Pobre Bannister no se atrevió.

No era por vergüenza, no.

El muy maldito no la tenía.

Era porque la insaciable Ketty Houston no le había dejado suelto en toda la noche anterior, qué caramba.

CAPÍTULO V

UNA MANO EN LA SOMBRA

Elinor ignoró siempre que Bannister la había seguido, pero no pudo ignorar en cambio lo que ocurrió al llegar a su apartamento otra vez. Sencillamente, la carta escrita por James Norton ya no estaba allí.

La muchacha palpó todos los rincones.

Nada.

Ni rastro del documento.

Telefonó a la asistenta por si ésta se lo había llevado descuidadamente. Pero la asistenta le juró y perjuró que había dejado la carta sobre una de las mesas.

Elinor suspiró con desaliento.

Estaba segura de que la asistenta la había perdido o la había tirado descuidadamente. Pero ya no habría quién le hiciera reconocer su culpa.

Lo peor era que así no podía acordarse de la dirección de James Norton.

No habría modo de establecer contacto con él. Y él se desanimaría al pensar que la hija de Donovan ni siquiera se había molestado en contestar a su carta.

Todo se habría perdido.

Se esfumaría lo que en aquel momento más deseaba Elinor: que la memoria de su padre resucitara dignamente de entre el reino de los muertos.

Aquella noche la muchacha no pudo dormir.

Se sentía desesperada.

Poco imaginaba que ni la asistenta tenía la culpa ni la desaparición de la carta había sido una casualidad. Poco imaginaba

que, estando la casa vacía, un hombre había entrado en el apartamento empleando una llave falsa.

Aquel hombre iba vestido como un empleado de la compañía de Aguas. Si alguien le veía, siempre podría decir que estaba comprobando una avería y que contaba con permiso de la dueña.

Pero nadie le vio.

El hombre no registró nada de la casa. Lo que buscaba estaba bien a la vista: encima de una de las mesas, como había dicho la asistenta.

Se apoderó de la carta y salió tal como había entrado, dejándolo todo en orden.

Después de ello tomó un taxi y se hizo conducir a Greenwich Village, al sur de la ciudad. Desde allí, fue a pie hasta Battery, en la punta más extraña de Manhattan, y tomó uno de los pequeños barcos que hacen la ruta hasta la Estatua de la Libertad.

El hombre que tomó el barco tras él había estado esperándole toda la mañana.

Se situó a su lado, acodado en la barandilla, y miró las aguas turbias de la bahía. Viajaba muy poca gente en el barco. No era la temporada turística.

—¿Fuego, por favor?

—Sí, tome fósforos.

Le dio un sobrecito dentro del cual estaba hábilmente doblada la carta. El otro, como el que obra distraídamente, se lo quedó.

Luego fumó en silencio.

Sus ojos estaban perdidos en la lejanía, muy al fondo de la bahía, cortada por la interminable línea del Puente Verrazzano.

Algunas sirenas cortaban la quietud del aire. La estatua de la Libertad aparecía cada vez más clara ante sus ojos, perdiendo aquella esbeltez y aquella gracia que tenía vista desde la distancia.

El falso empleado de la compañía de Aguas musitó:

—La he estado vigilando durante casi todo un año. Es la primera carta que recibe que no viene del Banco o de alguien que solicita recibir clases de piano.

—¿Qué ha hecho ella?

—Inmediatamente de recibirla ha salido. Supongo que ha sido a causa de la carta. Tengo la sensación de que la ha excitado mucho.

—¿La has leído?

—Yo jamás leo los documentos que robo, señor.

El otro sonrió.

—Está bien. Cobrarás como de costumbre. Y ahora separémonos y como si no nos conociéramos: Estamos llegando.

Los dos hombres se distanciaron al llegar al muelle. Regresaron en distintos barcos.

Uno de los dos, el que se había quedado la carta, era chino. Pero eso no llamó la atención de nadie.

Hay millones de chinos en los Estados Unidos. El Chinatown de Nueva York parece una verdadera ciudad amarilla. Y en San Francisco está la aglomeración china más importante del mundo, fuera de los límites de Asia.

Por eso resulta relativamente sencillo ser espía en los Estados Unidos.

¿Qué es usted ruso? Puede mezclarse con los rusos. ¿Es alemán? Nunca le faltarán alemanes entre los que confundirse. ¿Es usted negro? Entonces no digamos. Encontrará negros hasta debajo de la cama. ¿Es usted un hotentote? Pues seguro que encuentra hotentotes también y no llama la atención entre ellos. ¿Es usted de color verde? ¡Pues ni aun así hay que preocuparse! Tienen ese color todos los que salen de las oficinas de impuestos...

Fue al cabo de tres días cuando, ya al terminar la jornada, sonó el teléfono. Elinor se sorprendió porque sólo recibía llamadas de sus alumnos, y ninguna de ellas lo hacía a aquellas horas. Pero se sorprendió más cuando captó a través del micro una voz completamente desconocida.

—¿Señorita Donovan?

—Sí. ¿Quién es?

—Perdone que la moleste. Soy el profesor James Norton.

La muchacha sintió que temblaba el auricular entre sus dedos.

La voz era cálida, suave.

No se sabía por qué, incitaba a la confianza.

—¿El profesor Norton?

—Sí... Yo le escribí una carta hace unos días. ¿No la recibió?

—Pues... ¡pues claro!

—Ya supongo que si usted no me ha contestado es porque no tiene interés mi oferta. Por eso siento molestarla con una petición que usted quizá no está dispuesta a oír. Pero me gustaría que

pensase sobre el asunto. Incluso, si se trata de dinero, puede garantizarle la mitad de los derechos de autor.

—No... no se trata de dinero, señor Norton. Por Dios, no diga eso.

—Entonces ya sé: no le merezco confianza.

—Tampoco, señor Norton. Al contrario, estoy encantada con su proposición. Lo que pasa es que no he podido contestarle por un detalle absurdo: perdí la carta y no he podido contestarle porque no recordaba las señas escritas en el remite.

Se oyó al otro lado del micro un suspiro de alivio.

—Ah, era eso...

—Sí, señor Norton.

—No sabe lo que me tranquiliza oírlo. Para mí sería estupendo que quisiera cambiar impresiones sobre la vida de su padre.

—Para mí también lo sería.

—¿Ha visto mi libro?

—Claro que sí. Fue lo primero que hice, porque era la única referencia que tenía de usted.

—¿Lo ha leído?

—No he podido, señor Norton.

Se oyó un carraspeo al otro lado del hilo.

—Por favor, no me diga esa cosa increíble. No me diga que la hija del pastor Donovan no sabe leer.

—La explicación es algo más dramática: soy ciega.

Claramente se percibió la respiración agitada del hombre que estaba al otro lado de la línea. Una respiración agitada que indicaba confusión, sorpresa. Por unos momentos dio la sensación de que no sabía qué decir.

Al fin susurró:

—Perdone, señorita Donovan. He cometido una incorrección.

—No piense en eso. No voy a dejar de ser ciega porque la gente se lo calle delante de mí. Pero lo que le decía es que no he podido leer el libro. No obstante, me he dado cuenta de que es una obra importante. Pedí alguna opinión sobre ella.

—En efecto, es una obra importante, señorita Donovan. ¡No sabe lo que me costó escribirla! Y estoy dispuesto a dedicar a su padre al menos una obra igual, porque estoy seguro de que la merece.

—No podría soñar nada mejor, señor Norton.

—Me gustaría visitarla —dijo la voz tras un silencio—, pero pienso que quizá la gente murmure si ve entrar a un hombre sólo en su casa. Al fin y al cabo usted y yo somos jóvenes.

—Yo no tengo prejuicios, pero creo que no le falta razón, señor Norton. La gente de este barrio no ha compadecido nunca a mi padre, y en el fondo está deseando decir algo malo de mí.

—¿Entonces quiere que nos veamos en un sitio neutral? Perdóne, no debí emplear la palabra «veamos». Quiero decir... ¿le parece que nos encontramos?

—Yo voy a pasear bastante a Central Park, señor Norton. Conozco muy bien los caminos.

—Ah, ya...

—Suelo sentarme ante la casa donde vivía Jacqueline Kennedy. Ya sabe que ella tenía un apartamento en Nueva York, frente a Central Park. No sé si lo conserva aún.

—Conozco el sitio. ¿Quiere que nos encontremos allí mañana a mediodía? ¿Justo a mediodía?

—Me parece muy bien, señor Morton. Mañana a la hora que usted diga.

Elinor siempre había sido tímida.

Pero ahora lo parecía mucho más, impresionada ante aquel homenaje que se quería tributar a la memoria de su padre.

—Me gustaría invitarla a almorzar a algún sitio, señorita Donovan. Espero que no tenga inconveniente.

—Ningún inconveniente, siempre que no sea molesto para usted.

—Por favor...

Elinor se limitó a decir:

—Gracias. De verdad muchas gracias, señor Norton.

Y colgó el teléfono ansiosamente, porque no quería que el hombre hablara de nuevo. Tenía como un secreto temor de que se volviera atrás.

Por primera vez en mucho tiempo, Elinor Donovan sentía como la chispita de una recóndita felicidad. Una felicidad que estuvo a punto de romperse trágicamente al día siguiente, a las doce en punto, con aquel angustioso chirrido de frenos...

Elinor conocía muy bien el camino, pero no veía los coches a las que adivinaba por el sonido. Sin embargo, esta vez se equivocó. Esta vez lo que ella había tomado por un semáforo en verde era un

semáforo en rojo. Y cuando estaba cruzando la Quinta Avenida para entrar en Central Park, aquel «Chevrolet» que venía lanzado estuvo a punto de pasar sobre ella. Elinor oyó el chirrido de los frenos tan cerca que se dio cuenta de que iba a ser arrollada, sin que nada pudiera evitarlo. Danzó un gemido y dio un salto al vacío, sin saber adónde la llevaban sus pobres ojos ciegos. Cayó a tierra, sintió materialmente el calor del motor en sus sienes y de pronto le pareció que volaba.

Lo primero que pensó fue que había recibido un golpe y estaba dando la última pirueta en el aire, antes de estrellarse mortalmente contra el suelo. Pero una décima de segundo después se dio cuenta de que en realidad no era así. Alguien estaba tirando de ella. La había sacado materialmente de bajo las ruedas y la atraía hacia sus brazos.

Fue una sensación instantánea, brutal y que al mismo tiempo tuvo, sin embargo, algo de maravillosa.

La soltaron parcialmente. Puso los pies en el bordillo de la acera.
—¿Está bien?

Elinor tuvo un estremecimiento. Dios santo... ¡Era aquella voz! Era la voz que la noche anterior ella había oído por teléfono.

—¿Es usted James Norton? —pudo balbucir.

—Exactamente. Soy James Norton. La estaba esperando, y sólo al ver cómo cruzaba la calle ya he imaginado que era usted. Gracias a eso he podido sacarle casi de bajo las ruedas del coche. ¿Cómo se siente ahora? ¿Nota algún dolor?

—No. No noto nada. Me encuentro bien.

—Por fortuna no ha llegado a recibir ningún golpe: Espere. Aquí viene el conductor.

El conductor del «Chevrolet» también preguntó si había ocurrido algo, pero se tranquilizó enseguida al ver que la muchacha no tenía ni un rasguño. Intervino también un policía. Durante unos instantes todo el mundo habló, mientras la muchacha se sentía completamente desconcertada.

Pero al fin, puesto que nada había ocurrido, les dejaron en paz. Elinor musitó:

—Hasta anoche creí que sólo tenía que estarle agradecida a usted porque había manifestado interés por mi padre, señor Norton. Pero ahora tengo que estarlo por otro motivo tan importante como

ése: me ha salvado la vida.

—No lo mencione siquiera. Simplemente estaba atento al ver cómo cruzaba la calle. ¿De veras se siente bien? ¿Quiere que vayamos a almorzar a algún sitio?

—Donde usted quiera, señor Norton. Pero le advierto que no tengo apetito lo único que me interesa es hablar del libro acerca de mi padre.

—Para eso nos hemos encontrado, pero es mejor hablar en un ambiente agradable, ¿no? Y en cuanto al apetito, ya se le despertará, se lo aseguro. Hay aquí cerca un restaurante italiano donde dicen que el que prueba repite. ¿Qué le parece? ¿Vamos?

La muchacha asintió con un lento movimiento de cabeza.

Le parecía haber vuelto de nuevo a la vida. Se sentía feliz, casi absurdamente feliz. Y eso, a un año de la trágica muerte de su padre, casi le daba vergüenza.

Mientras la pareja se alejaba, volviendo a atravesar la Quinta Avenida, dos hombres la observaban con los ojos entrecerrados. Los dos habían estado sentados hasta aquel momento, y leyendo o fingiendo leer los dos un mismo periódico que no les interesaba en absoluto: el *Financial Times*. Porque ni Bannister, que era uno de los dos hombres, ni el amarillo que estaba cerca de él, habían visto jamás mil dólares juntos. Por lo tanto de finanzas ni plim.

Pero el *Financial Times* es, al fin y al cabo, un periódico respetable.

Y tiene las páginas lo bastante grandes para ocultar la expresión del que finge estarlo leyendo.

Los dos habían seguido a la muchacha desde que salió de su domicilio, aunque uno por la acera de la Quinta Avenida y el otro por la acera de Central Park. Y al ocurrir el accidente los dos habían fingido desinteresarse, aunque sus nervios estaban en tensión, sobre todo los de Bannister.

Éste dobló el periódico y cruzó la calle.

El chino le miró.

Al fin se había fijado en él.

Y entonces se dio cuenta de que aquel individuo alto y atlético, con pinta de campeón de *rugby*, estaba haciendo lo mismo que hacía él: seguir a la muchacha. Pero en cambio Bannister no había advertido la presencia del amarillo.

Estaba demasiado obsesionado por la chica.

Por las piernas de la chica.

Por las curvas de la chica.

Por todos los ejem, ejem, ejem de la chica.

Y eso siempre es malo.

Si lo duda, pregunte usted a su padre, a su maestro o al jefe de su empresa. Verá lo que le dicen. O pregunte también a un ingeniero de carreteras. Seguro que le contesta: «¡De curvas nada! ¡De curvas, cuantas menos mejor! ¡Sólo sirven para que la gente se estrelle!». Y Bannister, en efecto, contra aquellas curvas hubiera acabado estrellándose.

Sólo que muy a gusto.

CAPÍTULO VI

TOMA JARABE, MUCHACHO

Fue al anochecer cuando Bannister llamó a Ketty Houston. Había estado vigilando el restaurante italiano donde Elinor y el desconocido permanecieron casi cuatro horas, sin duda discutiendo los detalles del libro. Porque Bannister no dudaba de que tema que tratarse de algún libro, después de ver a la muchacha meterse tan precipitadamente en la Biblioteca Municipal de Nueva York.

Ketty Houston estaba furiosa cuando le llegó su voz.

—¡Johnny, maldito seas! ¡Te he estado esperando toda la tarde! ¡Me había puesto perfume del que a ti te gusta! ¡Y hasta me había puesto una faldita, que no es faldita ni es nada! ¡Tú te lo has perdido, idiota!

—Lo siento de verdad, Ketty. He tenido una tarde terrible de trabajo.

—¿Clientes?

—Pues... sí.

—No me vengas con mandangas, Bannister. Tú no has tenido un cliente desde que se murió George Washington.

—Es un asunto que empieza ahora. No sé a dónde puede llegar.

—Ya te lo diré. Tu cliente llegará a la cárcel y tú llegarás a la bancarrota. Bueno, a la bancarrota ya has llegado hace tiempo.

—De veras lo siento, Ketty. Vendré a verte mañana.

—Mañana quizá resulte demasiado tarde. Ya estoy harta de ti, maldito seas. Nunca me había preocupado tanto por un muerto de hambre...

John Bannister no se ofendió porque al fin y al cabo ella decía la verdad: era un muerto de hambre. Y además las millonarias siempre tienen esa frase en la boca para demostrar que están por encima de

la gente.

—En las circunstancias actuales no creí que tuvieras ganas de broma, Ketty —susurró—. No creí que tuvieras ganas de falditas que no son falditas y todas esas cosas.

—¿Circunstancias actuales? ¿Qué son las circunstancias actuales?

—Se está muriendo tu padre...

—Bueno... Ése es asunto mío, ¿no? Y, además, cuanto antes se muera antes cobraré la herencia. ¿O es que eso no te interesa? ¿Es que no quieres que legalicemos de una vez lo que hemos estado haciendo sin legalizar durante tanto tiempo?

Bannister tragó saliva.

Claro que lo quería.

La chica le gustaba hasta obsesionarle.

Y además él estaba harto de ir de miseria en miseria.

No había demasiado sitio en Nueva York para un investigador privado más. No existía modo de abrirse camino en aquella selva de intereses, de presiones, de mentiras, de señoras gordas que hacían «tilín» y de señores gordos que pagaban a una pandilla de forajidos para que a uno le rompiesen la cara junto a los muelles del Hudson.

—Está bien —dijo—. ¿Puedo verte ahora, Ketty?

—De acuerdo, te aguardaré una hora más. Luego tendrías que suplicármelo de rodillas.

Bannister abandonó las inmediaciones del restaurante italiano.

Al diablo Elinor Donovan.

No sabía por qué se preocupaba de ella.

Al fin y al cabo, la historia de su padre era ya una historia olvidada. Y de la chica no iba a conseguir ni un pellizco bien dado, cosa que además no le interesaba tampoco.

Fue hacia el lugar donde había estacionado el coche gris.

Era un solar donde pronto se instalaría un aparcamiento de pago, pero por el momento no había nada excepto cascotes y piedras. Bannister había estacionado allí su bólido de cuarta mano pagado a plazos. El coche seguía en el mismo sitio, entre las sombras, con una multa en el parabrisas. Pero no fue ése sólo el contratiempo que tuvo Bannister.

El otro fue peor.

Empezó con un guantazo.

Bannister estaba abriendo la portezuela cuando aquella mano surgió de no sabía dónde. Ni siquiera se dio cuenta de que iba a recibir el castañazo hasta que lo tuvo encima. Y el castañazo fue doble, porque la cabeza de Bannister rebotó contra la carrocería del coche.

Lanzó una imprecación.

Pero no tuvo tiempo de lanzar la segunda.

El tipo que estaba ahora a su lado le alcanzó en el estómago. Y luego le dio un empujón para ponerlo cariñosamente en manos del segundo gorila.

Porque los gorilas eran tres.

Rodeaban el coche como si estuviesen dispuestos a comprarlo y a llevárselo puesto. Bannister no tenía salida.

El segundo enemigo demostró una sospechosa predilección por los golpes bajos. El rodillazo que dio a Bannister en un sitio que Bannister sabía muy bien, hizo que el joven se levantara del suelo. Quedó transido de dolor mientras un gancho al mentón lo enviaba casi al techo del vehículo.

Bannister aún no había reaccionado.

Estaba tan sorprendido que no sabía bien qué pasaba.

Pero reaccionó inmediatamente después, cuando vio que otro de los mastodontes venía hacia él. Se lanzó de cabeza, le embistió y luego levantó los dos puños casi a la vez.

EL mastodonte se había encogido. Había adelantado la mandíbula. Había sacado la lengua.

Y la había puesto entre los dientes.

Pobrecita.

Cuando se dio cuenta, un trozo de aquella lengua ya casi volaba por los aires. Era lengua cocinada a la Bannister *grillé*. El tipo se llevó ambas manos a la boca y empezó a acordarse hasta de los antepasados del presidente Nixon, pero como no podía hablar no cometió por ese lado ningún delito. El pensamiento es libre, con tal de que uno se lo calle.

Los otros dos ya estaban de nuevo encima.

Uno de ellos buscó el hígado de Bannister.

Lo encontró.

Entrando a mano derecha. Porque tenía de espaldas a Bannister y fue por aquel lado por dónde le atizó.

¡Y de qué manera!

Bannister se encogió, transido de dolor, sintiendo que el golpe bajo y el golpe al hígado se le juntaban en una especie de llaga. Al mismo tiempo le propinaron un puntapié y lo enviaron contra las ruedas del coche.

Allí un zapato le pasó por la cara.

Buenas suelas.

Buena bestia el que las llevaba puestas.

La cabeza de Bannister casi fue aplastada contra el guardabarros. Empezó a perder el mundo de vista, mientras tendía ambas manos y sujetaba el tobillo de su enemigo.

Bannister no era malo.

También sabía hacer cosas divertidas.

Por ejemplo el molinete.

Para hacer el molinete hacen falta dos tíos: uno que tenga ganas de jorobar y otro que no tenga más remedio que jorobarse. El tío primero coge por el tobillo al tipo segundo y hace girar todo el cuerpo a ras del suelo como un atleta que se dispone a lanzar el martillo. El tío segundo le da recuerdos para su madre. Es lo único que puede hacer. El tío primero lo suelta entonces y el otro se va a hacer turismo a veinte metros de distancia. Por lo general, después de esto, el tío segundo suele preguntar los precios del hospital más próximo.

Y eso fue lo que ocurrió con el del zapato.

Bannister lo envió tan lejos, que el otro, al tropezar con todas las piedras del camino, dejó limpio el solar. Pero sus dos compañeros seguían en pie, aunque uno de ellos no llegaría a un puesto alto en su oficina ni en la estimación de sus jefes porque le faltaba la lengua. Y, sin eso, ya se sabe.

Aporrearon al detective al mismo tiempo.

Bannister pensó que quizá un investigador privado gane poco.

Pero en cambio «cobra» mucho.

Su cabeza pareció ir a estallar.

Se bamboleó de un lado para otro mientras sus dos enemigos avanzaban a la vez. Bannister movió los dos puños a la desesperada enlazándolos en forma del molinete, y alcanzó al que estaba a la izquierda. La cara de éste pareció ir a deshacerse en el aire.

Guantazos así solo se ven en el Madison Square Garden cuando

hay campeonatos de pesos fuertes. Aquel fulano salió pidiendo a gritos un cuidador que lanzara la toalla. Y fue a tropezar con el otro, el del molinete, que volvía disparado.

Pero Bannister sabía que acababa de quemar su último cartucho.

Había recibido demasiado para que no le quedaran fuerzas. El otro le estaba aporreando sin piedad. Y su cabeza iba de un lado para otro, tropezando además con la carrocería del coche, en un doloroso impacto de ida y vuelta.

Los otros dos volvieron. Y Bannister sintió algo que le ahogaba.

No se dio cuenta de que era su propia sangre.

Le estaban destrozando a conciencia; le estaban dando una auténtica paliza de muerte entre las sombras de la noche otoñal. Y lo peor era que, situado Bannister al fondo del solar y medio tapado por el coche, nadie podía ayudarle.

El guardián de servicio en la zona había visto el estacionamiento prohibido. Pero, fuera de eso, no se percató de nada más.

Al fin el joven cayó de rodillas.

No podía respirar.

Tenía una espantosa sensación de costillas rotas y de pulmones atravesados. Se estaba ahogando en su propia sangre.

«Esto es la muerte», pensó.

Y lo pensó con tristeza. Lo aceptó como un gaje del oficio en el que nunca había cobrado, sin embargo, ninguna factura que valiese la pena.

Su cabeza se estrelló definitivamente contra la rueda izquierda anterior del coche.

Y quedó allí quieto, destrozado, dándose cuenta de que la muerte, cuando uno ya la ha aceptado, es increíblemente lenta...

CAPÍTULO VII

LA RUTA SIN DESTINO

Fue el olor lo que le hizo comprender que estaba en un hospital; ese olor especial a desinfectante y a sábanas rigurosamente limpias. Abrió los ojos y notó que estaba como encorsetado. Entonces se dio cuenta de que se encontraba en la cama, en una habitación muy blanca, y que sobre él paseaban los ojos penetrantes de una enfermera.

Una enfermera joven y bonita.

Bannister, que necesitaba poco para animarse, fue a tender la mano, pero se dio cuenta de lo mal que estaba. Notó que no podía mover ni la mitad del cuerpo correspondiente a aquel lado.

Ella, de todos modos, se dio cuenta.

Y susurró:

—Quieto, muchacho.

Al apartarse, otra figura se recortó a los ojos de Bannister. Era Pontiac uno de los oficiales del Departamento de Justicia que se encargaba de comprobar las actividades de los detectives privados en Nueva York, velando por el prestigio de la profesión, si eso era posible. Pontiac vino hacia él y trató de animarle.

—No es nada, muchacho... ¿Ves cómo no es nada?

Le había puesto una manaza en el sitio que más le dolía. Bannister bramó:

—¡Aaaayyy!

—Bueno, a lo peor sí que es algo —susurró Pontiac, compungido—. Te han llenado de agujeros, muchacho. Estás hecho un asco. Estás hecho una gelatina. Estás hecho una baba. Estás hecho una criba.

—Gracias por animarme, Pontiac. Tú fuiste el que extendió mi

licencia. Tú siempre has sido un padre para mí. Hala, extiende también el certificado de defunción y acaba.

—Puede que no sea tan grave, después de todo. Yo creo que no han querido matarte, pero han estado a punto de conseguirlo.

—¿Cómo *te* has enterado, Pontiac?

—El guardia de día en la zona te había puesto una multa por aparcamiento indebido. El de la noche vio que el automóvil seguía en el mismo sitio y se acercó para ponerte otra.

—¿Y no se enteró de nada más?

—No.

—Mira qué bien.

—¿Qué quieres que haga un honrado guardia, muchacho? ¡Si sólo con poner multas ya no da abasto! Y donde haya un coche mal estacionado que se quite un buen crimen, qué caramba. El caso fue que éste, al menos, te vio. Por unos momentos, parece que dudó entre llamar a una ambulancia o ponerte una multa a ti también por mal estacionado. Al fin llamó a la ambulancia. En el hospital te han encontrado la licencia de detective privado y, como no tienes un maldito pariente, me han llamado a mí. Por el camino me he encontrado casualmente a Forsyte. A Forsyte ya lo conoces.

Bannister desvió la mirada.

Forsyte estaba allí.

Al federal no le había visto desde que ambos acudieron, junto con Connor, a darle la mala nueva a la hija de Donovan. De eso hacía un año. Forsyte se conservaba tan joven como siempre, pero había ahora en sus labios una línea de preocupación.

Susurró:

—Lo siento, Bannister. Las dos últimas veces que nos hemos visto han sido en circunstancias bien desagradables.

—Tienes razón, muchacho.

—Pontiac me ha explicado, al encontrarnos, que estabas metido en un lío. No es que tenga demasiada importancia, porque estas cosas les ocurren bastante a los detectives privados. Pero te han dado tan fuerte que por poco no lo cuentas.

—Ya lo noto... ¿Tengo costillas rotas?

—Por fortuna parece que no, pero estás tullido por los cuatro costados. Creo que los pedazos de la columna vertebral te los van a tener que sujetar con pinzas, y que una raja que tienes en el cerebro

te la han pegado con engrudo.

—¿Quiénes eran, Forsyte?

—¿Y cómo diablos voy a saberlo yo? ¿No lo sabes tú?

—Ni idea. Me han atacado cuando iba a retirar el coche. No los había visto jamás. Supongo que eran gentuza de la Avenida Doce, pero también podían ser buitres importados de otra ciudad. A veces lo hacen para no dejar huellas.

—Hablemos en serio, Bannister.

—Estoy hablando en serio desde que empecé.

—Pues más en serio aún. ¿Qué sucia basura estás oliendo? ¿En qué pestilente charca de urinario público has metido ahora los pies?

—¿Quieres decir que si investigo algún asunto dudoso?

—Exacto. Esos asuntos que a veces dan dinero y a veces dan una caja de madera. Los del FBI conocemos el paño muy bien, aunque no intervengamos. Me refiero a un chantaje, una gran estafa comercial, un millonario que engaña a su mujer con la hija de un recaudador de impuestos. Todo eso.

—No llevo ninguno de esos asuntos, Forsyte.

—Pues entonces, ¿por qué te han atizado?

—No lo sé. Te juro que no lo sé.

Pontiac le apuntó con el dedo.

—¡Mandangas! ¡Todo eso lo haces para pagar menos contribución! ¿Qué trabajo tienes ahora?

—Muy poca cosa. Miseria. Unos informes comerciales que ya estoy a punto de concluir y por los cuales nadie me daría ni medio guantazo. Y unos informes matrimoniales que también he concluido. Un vendedor de coronas para muertos que quería que siguiera a su mujer por si ésta le engañaba.

—¿Y la seguiste?

—Claro.

—¿Y le engañaba?

—La seguí tan bien que al cabo de una semana ya nos fuimos a un apartamento que ella tenía alquilado para estos casos cerca del aeropuerto Kennedy.

—¡Maldito puerco! ¡Te voy a retirar la licencia...! ¿Y qué le dijiste al marido?

—Que confiase en su mujer y que siguiese haciendo coronas, que era lo suyo.

Forsyte alzó las manos levemente.

—Bannister —susurró—, tienes una cochina profesión en una cochina ciudad como ésta. Pero quizá esta vez, sin tú saberlo, puedas estar metido en un asunto peligroso.

—Ningún asunto, muchacho. Yo no soy más que un muerto de hambre. Lo que digo es que me han confundido con otro.

—Voy a decirte algo que quizá te interesa. ¡Bannister. Pero no trates de engañarme!

—¿En qué iba a engañarte? No tengo nada que ocultar, excepto dos o tres líos de faldas. Por lo demás, limpio como una patena. De dinero y de lo otro.

—¿Qué tienes que ver tú con los chinos?

Bannister se sobresaltó.

Aquélla era la cosa más absurda que podían haberle dicho.

—Óyeme bien, Forsyte —murmuró—: los federales siempre veis gente rara por todas partes. Ni chinos ni nada. La última chica amarilla a la que perseguí hace tres años tenía un padre carnicero. Y cuando me enteré de que en la vieja cocina china figuraban unos embutidos especiales hechos con carne humana, dejé de interesarme por el asunto. Me imaginé convertido en embutido de ese que se zامpan los habitantes del Chinatown los sábados por la noche.

—Puede que digas la verdad, pero he visto un chino hace poco a la entrada del hospital. Y te diré confidencialmente quién es: se trata de un habitante de San Francisco a quien tenemos desde hace seis meses entre ceja y ceja.

—¿Espionaje?

—No lo sé. Con franqueza no lo sé —murmuró Forsyte—. Más bien diría que hace trabajos sucios para algunos espías, aunque él no obtenga informes. Pero no me ha gustado nada verlo por aquí. Y tampoco creo que estuviera por casualidad justo cuando a ti te han traído.

Bannister se estremeció un momento.

Él, en cambio, creía que tenía que ser una casualidad. Pero había recibido ya tanto que no quería hacer comprobaciones.

—¿Qué me aconsejas, Forsyte? —murmuró.

—No sé en qué mejunje estás metido, pero suponiendo que me digas la verdad, te explicaré lo que liaría en tu lugar: una vez

repuesto, me iría de la ciudad. Dentro de unas semanas las cosas habrán cambiado. Sea lo que sea, lárgate, muchacho.

Bannister comprendió que el otro tenía razón.

El mismo había dado aquel consejo a clientes en apuros: «Lárguese por unas semanas. El tiempo lo arreglará todo».

Estaba seguro de que le había confundido con otro, pero eso no arreglaba las cosas. Si le seguían confundiendo, le seguirían atizando. Y si le seguían atizando, se iría de cabeza al infierno entrando por la chimenea.

—Está bien, Forsyte —murmuró—. Haré un atraco, recaudaré fondos y me largaré.

—Por treinta años —murmuró Pontiac—. ¡Je, je! ¡Qué ocurrente soy! ¡Qué tío!

—Hay bastantes hoteles, en baja temporada, que te aceptarán un crédito —dijo Forsyte encogiéndose de hombros—. En fin, ése no es asunto mío. Y, si no, le arañas unos cuantos dólares a esa descarada de Ketty Houston. Todo el mundo sabe que estáis empapurrados uno del otro hasta las narices. Y ahora adiós. Si te marchas fuera, ya me enviarás una postal desde el Niágara.

Bannister dijo lastimeramente:

—Tienes razón. Buscaré un empleo allí. ¡Qué gran idea acabas de darme, muchacho! Creo que los turistas te meten en la boca unos cuantos dólares cada vez que te escondes en un barril y te echas a rodar cataratas abajo. Lo que no sé es si puedes repetirlo. Al último que lo hizo, en 1880, aún lo están buscando.

Los dos hombres se dispusieron a largarse.

Pontiac masculló:

—Los gastos de la clínica van por cuenta de la Mutua de Detectives Privados. Pero date prisa en curarte. La mutua va a suspender pagos un día de éstos.

En aquel momento una enfermera entraba con un periódico de la noche. Forsyte lo tomó con un gesto displicente.

—No creo que este paciente esté ahora en condiciones de leer —dijo—. Démelo a mí. Además los periódicos nunca dicen nada interesante. Por ejemplo a un tal James Norton le ha atropellado un coche. ¿Y a nosotros qué nos importa James Norton? ¡Vaya noticia...!

CAPÍTULO VIII

NO ME COMPADEZCAS, MUÑECA

La asistente desdobló el periódico lentamente y con su pastosa y cantarina voz, que parecía hecha para interpretar un *spiritual* negro, fue leyendo las noticias. Ella ya sabía qué era lo que podía interesar a Elinor, y por lo tanto muchas se las saltaba. Pero la columna de sucesos no la descuidaba nunca.

—El periódico de anoche trae muy poco —dijo—. Unos atropellos, como siempre. Víctimas: Mary Samuels, Dan Hogson, James Norton... La noticia de que el escritor James Norton ha sido arrollado por un coche viene recuadrada. ¿De qué recuerdo yo ese nombre...?

—Tú... ¡tú me leíste una carta suya!

La muchacha había palidecido mortalmente.

Las uñas se clavaron en las palmas de sus manos sin que se diera cuenta.

—¿Era el que le escribió? —musitó la asistenta—. ¿Ese del que dijo que yo había perdido la carta?

—Sí, él mismo. Dios santo...

—Creí que no tenía ninguna relación con él.

—Ayer mismo estuvimos juntos... Me llamó, ¿sabes? Quiere escribir un libro sobre mi padre. Hablamos, nos pusimos de acuerdo... Es un hombre excepcional. Seguro que... ¡seguro que el coche le atropelló cuando nos separamos! ¡No puedo creerlo! ¡Y casualmente poco antes me había salvado él de que muriera atropellada yo...!

—La vida tiene a veces esas bromas, niña Elinor. Uno te salva de que te caiga encima un tiesto, y cuando os separáis le Cae a él una caja de caudales. Mi difunto esposo, que en gloria esté, nunca

bebió. Y la palmó al caerse en una gran barrica donde fermentaba cerveza.

—Tengo que saber en qué clínica está. ¡He de verle!

—¿Y cómo puede saber en qué clínica está? El periódico no lo dice.

En aquel momento sonó el teléfono. La muchacha se lanzó hacia él con una especie de secreta esperanza.

Una voz de mujer, una voz fría, impersonal, preguntó:

—¿Señorita Donovan?

—Sí, yo misma.

—La llamo desde la clínica Marton.

La clínica Marton era grande y elegante. La muchacha la conocía. Una clínica tal vez un poco incontrolada, tal vez un poco caótica. Pero donde llevaban a la mayor parte de los accidentados de Nueva York que podían pagarse una habitación privada.

—Diga... Por favor, ¿ha ocurrido algo? ¿Me llama usted de parte del señor Norton?

—¿Cómo lo sabe? No recuerdo que la noticia haya salido de aquí.

—Anoche la publicó un periódico.

—Me extraña... De todos modos, cómo el señor Norton es un profesor bastante conocido, algún periodista amigo suyo puede haberse enterado. Me ha pedido que le llamase. Yo soy la señorita Bradford, de Recepción.

—¿Por qué no me llama él? ¿Cómo está?

—Los médicos le han ordenado reposo absoluto y hasta han desconectado su teléfono. Yo le llamo a usted porque él me lo ha pedido como un favor especial. Quiere que sepa que está bien. La conmoción cerebral ha sido muy grande, pero el asunto no tendrá consecuencias.

—¿No me engaña?

—¿Por qué iba a engañarla?

—Me sentiría mucho más tranquila si le viese —murmuró la muchacha—. ¿Cuándo puedo ir?

—Venga ahora mismo, si puede. En realidad está prohibido pero ahora los médicos ya han pasado la guardia. Lo hago bajo mi responsabilidad. Pregunte por mí y, por favor, no me comprometa.

—Gracias, señorita Bradford. No lo olvidaré.

Sabía que la enfermera buscaba alguna propina.

Pero ése era un detalle sin la menor importancia, con tal de poder ver cuanto antes a James Norton.

Claro que lo de «ver» era algo que arrancaba a los labios de la muchacha una sonrisa amarga.

¿Y qué?

Ella, a su modo, «veía».

Por ejemplo, ahora notaba clavada en ella la mirada obediente, húmeda, de la asistenta portorriqueña.

—Noto que usted está muy interesada por ese hombre, niña Elinor. Hablaba de él con ansia.

La muchacha se sonrojó.

—Es un hombre excepcional. Jamás conoceré a otro como él.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Y cómo he de saberlo? No le he tocado la cara, claro. Yo tengo que definir a las personas por su voz, por sus movimientos, por su olor, por su modo de hablar... Sólo sé que es joven y encantador. A su lado las horas pasaban sin que una se diera cuenta.

—No se haga ilusiones. Los hombres que tienen éxito, como debe ser ése, raramente aceptan a una ciega.

—Tampoco debe ser tan modesta, niña Elinor. Es pedírselo jamás.

—Yo no digo que me acepte. Y no me atrevería a usted una mujer de gran belleza, aunque no pueda mirarse al espejo, pero no hablemos más de eso. Hala, vaya a la clínica. Yo misma la acompañaré en un taxi.

Poco después las dos mujeres se detenían ante la puerta de la clínica Marton. La asistenta entró acompañando a Elinor.

Se dirigieron al departamento de Recepción, que estaba situado al fondo.

—¿Señorita Donovan?

La voz había surgido de entre las sombras que eternamente rodeaban a la muchacha. Ésta se estremeció.

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—Soy la señorita Bradford...

—¿Y qué ocurre, señorita Bradford? ¿Es que se encuentra peor?

—Nada de eso. He imaginado enseguida que se trataba de usted,

porque el señor Norton me ha hablado... Bueno, de sus inconvenientes con la vista. Por eso me he acercado a usted. He de decirle que lamento que no pueda visitar ahora al señor Norton.

—¿Entonces es que ha ocurrido algo...?

La expresión de la muchacha era casi ansiosa.

Ya no podía disimular. Ya no le importaba que se notase que aquél había sido el primer hombre de su vida y sería el único.

La enfermera musitó:

—El médico jefe del piso se había marchado ya, pero ha vuelto a causa de un accidente. Estando él aquí, y habiendo prohibido las visitas, no puedo permitir que suba usted a la habitación del señor Norton. Crea que lo siento. De todos modos yo pienso que en uno o dos días podrá salir. La cosa no ha sido tan grave como temíamos.

Elinor suspiró con alivio.

La voz de la enfermera reflejaba sinceridad. No era tampoco la voz de una persona preocupada. Su entonación resultaba, al contrario, superficial y casi alegre.

—¿Vuelvo mañana? —preguntó Elinor.

—Depende de lo que diga el médico jefe. De todos modos, en su lugar, no me preocuparía demasiado. En cuanto al señor Norton le vuelvan a conectar el teléfono, estoy seguro de que la llamará.

Los dedos de la muchacha se entrelazaron nerviosamente.

—Esperaré esa llamada con ansia —musitó.

Y era verdad. Jamás en la vida había deseado con tal intensidad una cosa ni se había sentido tan atraída por el recuerdo de un hombre.

—Gracias por todo, señorita Bradford —dijo al despedirse—. Le ruego que le diga al señor Norton que he estado aquí y que... he sentido mucho todo esto.

Al salir, un hombre que entraba casi tropezó con ella.

—Perdone —dijo en perfecto inglés.

Elinor Donovan no se dio cuenta de que aquel hombre era un chino. Y si llega a darse cuenta, ¿qué? ¡Al fin y al cabo hay tantos chinos en los Estados Unidos!

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE QUE VENÍA DEL SOL

El despacho era muy grande, y la penumbra en que estaba sumido lo hacía aún mayor. Desde una de sus ventanas hubiera podido verse un sector de la Casa Blanca, pero todas las ventanas estaban cerradas. Las dobles paredes y las dobles cortinas impedían que entrara el menor sonido. Una luz concentrada caía sobre los cuatro hombres que estaban reunidos en aquel lugar. Era una luz plateada, casi irreal, que deformaba sus expresiones.

Aquella reunión era rigurosamente secreta, pero sin embargo, tenía algo de rutinario. Muchas veces Edgar Hoover, el director del FBI, se reunía con sus colaboradores en aquella sección del Departamento de Justicia de Washington. Allí se habían tratado temas de escasa importancia o que eran graves, pero que sólo se referían a problemas internos del país, como por ejemplo la lucha contra la Mafia y la lucha contra las drogas. Sin embargo, también se habían celebrado allí conversaciones que muchos jefes de Estado hubieran pagado millones de dólares por conocer.

Allí se habían tomado decisiones sobre Hispanoamérica que luego resultaron ser auténticos atentados contra la libertad de otros países.

Allí se habían cometido errores inmensos.

Pero también se habían dado pasos decisivos, en ocasiones, para defender la difícil paz mundial. Y ésta parecía ser una de esas ocasiones.

El que tenía la palabra era Plumber, uno de los secretarios del FBI, que al mismo tiempo servía de enlace con la CIA. Sabido es que ambos organismos tienen misiones distintas, pero que a veces se entrecruzan o se confunden, siendo necesaria una coordinación

entre ambos. Plumber era uno de los encargados de que esa coordinación existiera.

—Sabemos que en estos momentos China está estableciendo un auténtico sistema de espionaje en los Estados Unidos —decía—. Hasta el momento ese sistema de espionaje ha existido y ha sido peligroso, pero le faltaba la base. Al no existir ninguna representación de China roja en nuestro país, sus agentes tenían que trabajar muchas veces en el vacío. Pero ahora China roja tiene una representación en la ONU y sus hombres se pasean por la Calle 42^[1].

Poseen el derecho a la correspondencia secreta y a la valija diplomática^[2]. Pueden recibir visitas de todas partes. Todo ello significa que los espías podrán obrar con una libertad y con una audacia que no han tenido hasta ahora.

Los otros tres hombres asintieron.

Uno. —Ya se ha mencionado—, era Edgar Hoover, director del FBI.

Los otros dos eran agentes distintos del mismo.

Uno de los agentes era Forsyte, a quien ya hemos conocido al principio de esta historia. El otro, su compañero Herbert.

Plumber continuó:

—Sabemos que una de las cosas que más interesan a los chinos en este momento son nuestras posibilidades en materia de armamento nuclear. Hasta hace unos años, y al contar con la ayuda de los rusos, China se servía en cierto modo del espionaje de este último país. Secreto que se conocía en Moscú era secreto que, al cabo de algún tiempo, resultaba también conocido en Pekín. Pero ahora es distinto, porque chinos y rusos son algo así como enemigos dentro de un mismo sistema. No hago ninguna revelación al decirles que Pekín necesita montar su propia red de espionaje, y que además lo está haciendo. Por esa razón precisamente nos encontramos reunidos aquí.

Carraspeó levemente y continuó:

—Decía que los chinos tienen el mayor interés en conocer nuestras posibilidades nucleares. Por ello intentarán sin duda introducir un hombre en nuestros laboratorios e industrias, pero ese hombre necesitará ser forzosamente un americano. Por razones fáciles de comprender, tan fáciles de comprender que hasta resultan

cómicas, la presencia de un chino se notaría enseguida.

Todos sonrieron.

Evidentemente los hombres de Pekín podían valerse de un chino de los que viven en los Estados Unidos, pero a la menor señal de alerta sería de ese del que primero sospecharían los servicios de contraespionaje. Mal sistema.

—Está claro que buscarán a un norteamericano —dijo Forsyte—, pero ese norteamericano también tendrá que estar enterado de los avances nucleares chinos. Si no los conociera, correría el peligro de «gastarse» para averiguar cosas que en Pekín no tendrían el menor valor. Debe ser un hombre que conozca el nivel chino para empezar a trabajar a partir de ahí. De otro modo les resultaría poco menos que inútil.

—Estoy de acuerdo en eso —dijo Plumber.

—Pues entonces nuestro campo de actuación ya queda mucho mejor centrado —opinó Forsyte—. Será mucho más fácil, puesto que podemos estar seguros de que los chinos tratarán de captar a uno de nuestros sabios.

—O no.

Forsyte parpadeó.

—¿Cómo que no? —dijo.

—La situación científica china puede ser explicada a un hombre que sea un buen técnico, pero no necesita precisamente ser un sabio nuclear. Bastantes secretos, una vez explicados, los entiende bien un hombre de inteligencia normal. Por ejemplo los secretos de los átomos fueron algo insondable durante miles de años, pero hoy, una vez conocidos y explicados, los entiende cualquier estudiante normal, como entiende la electricidad o los últimos avances en reactores de aviación. Estoy persuadido de que los chinos captarán a un norteamericano inteligente, lo pondrán al corriente de lo que ellos ya tienen y le dirán: «A partir de aquí, debes averiguar cosas nuevas». Y ese hombre significará un enorme peligro para nosotros.

—Y para los chinos —dijo Forsyte.

—¿Cómo...?

—Sí, para los chinos también —insistió Forsyte—, porque si ese hombre hiciera traición a Pekín, nosotros llegaríamos a saber automáticamente lo que les chinos saben. Sería un espionaje al revés.

Hoover asintió.

—Tal es el motivo de la reunión —dijo—. Localizar al hombre que los chinos seleccionen resulta una tarea de primera importancia. No sólo para evitar el peligro que se cierne sobre nosotros, sino para llegar a averiguar el nivel de conocimientos nucleares que tienen en Pekín.

Todos asintieron.

Se daban perfecta cuenta de la situación.

Plumber insistió:

—Estamos persuadidos de que los chinos ya han tomado posiciones al respecto y están seleccionando a su hombre... o a su mujer. También estamos persuadidos de que un científico chino está tratando de introducirse clandestinamente en los Estados Unidos (si no lo ha logrado ya), para ponerse en contacto con el espía que resulte seleccionado e informarle de la tarea que debe realizar. Ese científico al que me refiero es un hombre que viene de donde nace el sol. Es todo lo que sabemos de él. Por eso hemos ordenado que se refuerce la vigilancia en puertos y fronteras, así como a lo largo de las costas, pero dudo que podamos evitar su entrada en nuestro territorio. En cambio creo que podremos localizarlo en cuanto empiece a actuar aquí.

—¿Localizarlo nosotros? —preguntó Herbert, rompiendo el silencio por primera vez.

—Sí, precisamente. Porque serán ustedes los que se encarguen de esa misión —dijo Edgar Hoover.

—¿Se da cuenta de lo difícil que resulta? —musitó Forsyte—. ¿Cómo podemos vigilar a todos los chinos de los Estados Unidos?

—No se trata de vigilarlos a todos —murmuró el director del FBI—. Sé de sobras que eso es absurdo e imposible. Sé también, y lo repito, que difícilmente evitaremos la entrada en nuestro país del científico que pondrá al corriente de los adelantos chinos al espía elegido. Pero ese hombre, en cuanto llegue de China, necesitará ponerse en contacto con alguien, es decir con ése espía elegido del que estamos hablando. Y si conseguimos localizarlo, localizaremos también al que se pondrá en contacto con él, Es decir, dos pájaros de un tiro.

Todos cabecearon afirmativamente.

Era una cosa lógica, lo cual no quería decir de ningún modo que

fuera también una cosa fácil.

—¿Y cómo podemos imaginar siquiera qué persona será ésa? —preguntó Forsythe con expresión de desaliento.

—Ése es su trabajo y ahí debe actuar su inteligencia —murmuró Edgar Hoover—. Los chinos, en realidad, para elegir a su colaborador, tienen aún menos datos que nosotros. Porque si ellos conocen a las personas que pueden simpatizar con sus ideas dentro de los Estados Unidos, nosotros las conocemos también. Es decir, las conocemos aún mejor. Por eso deberán ustedes revisar todos los ficheros, repasar todos sus recuerdos y hacerse esta pregunta: «Si yo tuviese que elegir a una persona para servir a China Roja, dentro de los Estados Unidos, ¿a quién elegiría?». Del acierto de la respuesta depende todo, porque si uno de ustedes tiene éxito darán con el hombre o la mujer seleccionados y con el tipo que vendrá a verle desde los rincones del planeta donde nace el sol. Es decir, habremos matado los dos pájaros de un tiro. Espero que me hayan comprendido bien y que se den cuenta de cuál es la índole de su trabajo.

Todos hicieron gestos afirmativos, en silencio.

Se habían dado perfecta cuenta desde el principio. Ahora quedaba lo más difícil: actuar. ¡Y acertar!

—Eso es todo —dijo Edgar Hoover poniéndose en pie—. Cada dos días volveremos a tratar del asunto y me tendrán al corriente de sus investigaciones. Dispongan de la asistencia técnica y del dinero que consideren necesarios.

Todos los demás se pusieron en pie igualmente.

Sus expresiones eran preocupadas. Aquélla no había sido una sesión rutinaria más.

Había sido una sesión de la que dependían cosas muy importantes, tan importantes que les daba miedo pensar en ellas.

La seguridad de los Estados Unidos, la seguridad tal vez del mundo entero..., y la seguridad de sus sueldos, ¡qué caramba! ¡Porque si se equivocaban eran capaces de echarles!

CAPÍTULO X

PALABRAS EN LA SOMBRA

La muchacha estaba quieta en su banco de Central Park, como de costumbre. Llevaba años yendo al mismo sitio y lo conocía tan bien como si pudiera verlo. Era aquél el lugar donde había tenido la primera entrevista con James Norton, y por eso lo apreciaba más. El hecho de que muy cerca de allí hubiera estado a punto de atropellarla un coche no había disminuido sus deseos de ir siempre al mismo sitio.

El sol tibio del otoño le daba en la cara.

Oía el ruido incesante de los coches al subir por la Quinta Avenida en dirección a los barrios populares de Harlem. Un poco más arriba la Quinta Avenida, perdía del todo su carácter señorial para convertirse en una parte más del inmenso barrio negro. Pero junto al ruido de los coches, Elinor Donovan oía otro sonido mucho más suave y mucho más dulce: el de la caída de las hojas. Central Park se iba llenando de hojas muertas que ya presagiaban las nieves del invierno. Elinor sentía dentro de sí, al oír su crujido, una inmensa dulzura y al mismo tiempo una gran calma.

Y de pronto aquel roce.

Alguien más se había sentado en el banco.

No tenía nada de especial.

Cualquier otra persona que quisiera tomar el sol podía sentarse. A veces lo hacían también algunos individuos que la veían hermosa y pensaban que era una presa fácil. Pero al darse cuenta de que era ciega todos huían aturullados, sin saber qué decir.

La persona que se había sentado a su lado, debía estar bastante cerca.

Oía su respiración lenta, sosegada, poderosa, en los momentos

en que cesaba el ruido de los coches.

Debía ser un hombre bastante fuerte y de considerable volumen físico. Un individuo enclenque no hubiera respirado así.

Y al fin llegó la voz.

La voz hablaba en perfecto inglés, aunque con un cierto deje cantarín que no dejaba de ser gracioso.

No era como las otras veces.

Nada de: «Nena, chata, estás preciosa, te comería»...

Nada de conquistadores fáciles que pensaban que todo iba a ser coser y cantar.

La voz dijo educadamente:

—¿Señorita Elinor Donovan?

Los labios de la muchacha se fruncieron un momento.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó—. Su voz no me recuerda la de ninguna persona conocida.

—La he estado observando desde hace varios meses. Sé muchas cosas de usted, tantas que podría explicarle su vida desde que nació. Pero le ruego que no haga ningún gesto de sorpresa. No vuelva la cabeza hacia mí, puesto que tampoco puede verme. Actúe como si yo no le hablase, como si yo fuese un cualquiera que se ha sentado en este banco.

Ella obedeció maquinalmente. Volvió la cabeza hacia el tráfico de la Quinta Avenida como si eso fuese lo único que le interesaba.

Y barbotó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Li Ching. Como mi nombre mismo le indica, soy un amarillo. Tengo mi residencia, desde hace cincuenta años en el Chinatown de San Francisco. He sido concejal del ayuntamiento de mi ciudad y soy lo que llaman un ciudadano honorable. Pero he venido a Nueva York desde el otro lado del país porque aquí nadie me conoce: Único objetivo: hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? ¿Por qué?

—Verá... Yo llevo cincuenta años viviendo en los Estados Unidos, puesto que llegué aquí cuando tenía diez. En teoría soy un norteamericano fiel, y sinceramente le digo que no deseo nada malo para mi país de origen, al cual no he podido olvidar. Yo creo, como creía su padre, que el equilibrio del terror hace imposible las guerras, y por lo tanto mantiene la paz. Si es cierto que el fin

justifica los medios, trabajar para que la paz perdure puede disculpar el que se transmitan ciertas informaciones. Su padre amaba a los dos países y creía eso.

Elinor se estremeció.

Las manos se plegaron con angustia en su regazo. Se retorció los dedos ansiosamente.

—Hace más de un año que mi padre murió —dijo con un soplo de voz—. Por favor, no me hable de eso.

—Los hombres mueren, pero los ideales viven.

—Nadie ha dicho que yo tenga ideales —musitó Elinor, queriendo defenderse a sí misma.

—En ese caso perdone. No tengo más que decir. Estoy seguro de que a su padre le hubiera gustado mucho oír esa última frase.

Y se oyó el roce del cuerpo al levantarse. Elinor dijo impulsivamente, sin reflexionar:

—¡Espere!

—¿Qué pasa?

—Me siento avergonzada de haber dicho eso. No he querido significar que no respetara los ideales de mi padre. Simplemente puede ocurrir que yo no tenga fuerza para seguirlos.

—Lo que estaría dispuesto a pedirle es muy sencillo —dijo la voz—. No hace falta ser un héroe.

—¿Cómo sé que usted no es un policía? ¿Cómo sé que no trata de sonsacarme algo que no le pudieron sonsacar a mi padre?

—¿Un año después de su muerte?

—Tiene razón. Tampoco sería lógico haber esperado tanto.

—Verá —dijo la voz—, voy a confesarle algo que ciertas autoridades de este país darían un millón de dólares por saber. Y si usted quiere puede ir ahora al primer Precinto de Policía y dar mi nombre, pero en este caso no podría responder de su seguridad personal. Odio la violencia, aunque sé que algunos de mis amigos no la odian. Sería detestable intentar algo contra usted, pero quizá ocurriera.

—¿Me amenaza?

—Usted sabe que no. Usted sabe que las palabras de los hombres se pierden como la lluvia en la tierra. Pero la lluvia caída sigue actuando aunque nuestros ojos ya no la vean. Igual ocurre con mis palabras. Mis palabras no significan nada, pero usted debe

recordarlas.

Elinor estaba muy acostumbrada a aquella manera de hablar. No en vano ella se había educado en la vieja filosofía china, llena de circunloquios, de rodeos y de medias verdades que a veces no son nada y a veces se transforman en verdades absolutas. Entendía perfectamente a aquel hombre y por su modo de hablar no le cupo duda de que se trataba de un verdadero chino. Además, por si faltara poco, él continuó la conversación en un perfecto dialecto cantonés que Elinor hablaba también como su propia lengua.

—Voy a continuar con mis explicaciones —añadió el hombre—, porque usted es una mujer de espíritu y confío en ello. Uno de nuestros hermanos, un verdadero sabio, ha llegado de China trayendo unos informes de gran interés que debemos entregar a otro sabio norteamericano. Sencillamente, en esos informes está el actual nivel de nuestros conocimientos nucleares. Ya ve si le hablo claro. El Gobierno de los Estados Unidos, daría millones por poseer una información así.

—Lo comprendo.

—La misión del sabio norteamericano es conocer hasta dónde han llegado los chinos para él empezar a investigar a partir de ahí. Ya ve que empleo la palabra espiar a pensar de que a usted debe parecerle repulsiva, pero prefiero serle claro. Como es lógico, los informes que han llegado de China podrían ser entregados directamente al sabio norteamericano, y en ese caso usted no haría ninguna falta. Pero entregarlos directamente es muy peligroso. Por eso hemos pensado depositarlos en las manos de usted, que es una persona de ideales, y hacer que él los recoja. Debería tenerlos depositados un máximo de tres días, lo cual nos permitiría esquivar todo posible peligro. Sabemos que nadie la vigila a usted y por eso es la persona más indicada. Ya ve si es sencillo lo que le encargamos. Ya ve que no le costará ningún trabajo ser fiel a los ideales de su padre.

Elinor se mordió los labios desesperadamente.

Así de sencillas eran las cosas. Estaban equivocados todos los que pensaban que el espionaje, requería grandes medios, enormes cámaras secretas, movilización de centenares de hombres. En realidad en parte era así, pero las cosas más eficaces se hacían a veces en un simple banco de Central Parir. Tampoco se hablaba de

dinero ni de traición. Se hablaba, por el contrario, de ideales, de cosas que no asustaran a nadie.

¿Quién sabía si el principio de las actividades de su padre había sido tan sencillo como éste?

Y había acabado en la silla eléctrica...

Pero Elinor Donovan no tenía miedo a morir. Elinor Donovan sólo tenía miedo a dos cosas: a la maldad y al error.

Y entonces surgía la terrible pregunta: ¿dónde estaba verdaderamente la maldad? ¿Dónde estaba el error?

—¿Qué me contesta? —preguntó la voz.

—¿Puedo pensarlo?

—Puede pensarlo durante un día. Más no porque el asunto es urgente. Mañana un hombre recogerá la respuesta en este mismo sitio y a esta misma hora, pero no seré yo. A usted y a mí jamás volverán a vernos juntos.

—Es una medida razonable.

—Voy a hacerle una pregunta, señorita Donovan. No se ofenda, pero usted sabe que el espíritu, por desdicha, se hunde cuando se hunde la materia. ¿Necesita usted dinero? ¿En qué situación la dejó su padre?

—Muy mala. Me gano la vida dando clases de música a ratos.

—Celebro que no haya tratado de engañarme. Sabíamos eso. Y por lo tanto estoy en situación de garantizar su seguridad económica... para siempre. Está en libertad de fijar una cifra.

Elinor se había mordido el labio inferior hasta hacerse sangre. Se sentía tan asustada tan acorralada que con gusto se hubiera puesto a llorar. Pero al mismo tiempo aquella cálida voz que llegaba desde las sombras ejercía sobre ella una secreta fascinación.

No podía hacer oídos sordos, huir y renegar así de los últimos ideales de su padre.

—No me hable de dinero —susurró—. Papá nunca quiso que lo mencionaran delante de él.

—Su padre fue un gran hombre y usted es una gran mujer. Pero le digo como antes: mis palabras son lluvia que ha caído y ya no se ve. Mis palabras no existen, pero sin embargo, recuérdelas. Y si mañana cree que va a necesitar alguna ayuda, no vacile en decirlo. Ya sabe que, en caso de descubrirla, la pena es más o menos la misma si se cobra, que si no se cobra. ¿Para qué voy a engañarle?

—Hay algo que me convence en usted, Li Ching; que no ha intentado ponerme las cosas de color de rosa.

—Le he hablado sinceramente y seguiré haciéndolo. Antes le he dicho que estábamos seguros de que a usted no la vigilaban ya; sin embargo últimamente la hemos visto un par de veces con un hombre al que no hemos podido identificar. ¿Quién es? ¿Seguro que no se trata de un policía?

Elinor, bruscamente aliviada, rió ante aquella pregunta.

—Oh, no... ¡Qué tontería! Si no han podido identificar a ese hombre yo les ahorraré trabajo. Se trata del profesor James Norton. Quiere escribir una biografía de mi padre.

Una risa suave sonó también entonces a su lado. Era una risa que reflejaba alivio, alegría casi.

—Celebro que no haya engañado tampoco en eso, señorita Donovan. Le confieso que mis palabras anteriores eran una pequeña trampa de la que usted ha sabido salir con la mayor dignidad. Realmente, habíamos identificado ya a ese hombre. Del mismo modo que la seguimos a usted, le seguimos a él la última vez que se separaron; vimos que entraba en un pequeño despacho de la Calle Doce, y nos enteramos de que el inquilino del mismo era el joven profesor James Norton. Para averiguar algunas cosas más sobre él fuimos a la Biblioteca Municipal por si tenía algún libro publicado. Y tiene uno, realmente, pero parece bastante malo.

La muchacha se engalló.

—¿Malo? ¿Pero qué dice?

—Bueno, no se ofenda... Es cuestión de interpretaciones.

—Ustedes, los educados en la cultura china, no se acostumbran a la claridad occidental —dijo ella con acritud—. Les parece que abordar los asuntos sin rodeos es falta de inteligencia.

—Posiblemente... No discutamos ahora eso, señorita Donovan. Reconozco que es cuestión de interpretaciones. Pero me parece observar que está usted muy interesada por ese hombre.

—Franqueza por franqueza, amigo mío: Lo estoy. Es el único hombre que me ha interesado en mi vida.

«La verdad es que se trata del único hombre que ha penetrado en tu vida de muchacha solitaria y tímida», pensó el amarillo. Y dijo en voz alta:

—Supongo que nada le dirá de esto. Es lo que le exijo con todas

mis fuerzas.

—Claro que no le diré nada —musitó Elinor—. Esté tranquilo.

Y se puso en pie, disponiéndose a cruzar al otro lado de la Avenida, hacia el que había sido apartamento de Jacqueline Kennedy. Sus oídos expertos acababan de adivinar, por el ruido de los coches, que tenía luz verde.

Sus labios estaban apretados y su cabeza era un volcán.

¿No decirle nada a James Norton? Bueno, eso tendría que pensarlo... En realidad le convenía aconsejarse con él. Lo de no decir a James Norton, era la única cosa en que estaba dispuesta a traicionar la confianza que le había demostrado el chino.

CAPÍTULO XI

PUÑOS DE HIERRO

Al día siguiente, exactamente a la misma hora, Elinor Donovan estaba sentada en el mismo banco. Y otro hombre que también tenía una voz convincente, pero no era el mismo de la ocasión anterior, se limitó a preguntarle qué contestaba. Elinor contestó que sí.

La voz se limitó luego a decir:

—Usted está suscrita al *New York Times*. El ejemplar de mañana recójalo con cuidado y guárdelo con los papeles viejos, de modo que parezca que lo ha tirado. Así, si alguien investiga, no le dará la menor importancia. Pero, por todo el oro del mundo, no lo tire ni lo confunda con otro. Dentro de dos días vendrá a su casa un comprador de papel viejo llamado Charlie. Le dará cinco dólares y dos centavos, recuerde bien estas cifras, porque son la contraseña, por el papel que usted tenga en casa. Usted le entregará los periódicos viejos y ahí habrá terminado su trabajo.

—Es sencillo —musitó Elinor.

—Todas esas cosas son sencillas —dijo la voz—. Procuramos que estén al alcance de una persona normal de las que no despiertan sospechas. Otra cosa: ¿necesita usted dinero?

—No, gracias.

—Así lo diré. Cuente con nuestro reconocimiento eterno. Buenos días.

Y el hombre al que no había visto se alejó.

Elinor Donovan pensó con cierta amargura que la habían elegido bien.

No sólo estaban los ideales de su padre. Ella, además, era una ciega. No había visto a nadie y no podría delatar a nadie.

Lo que aquellos hombres ignoraban, porque no podían controlar su teléfono, era que James Norton la había llamado la noche anterior, diciendo que ya estaba restablecido y fuera de la clínica. Ignoraban también que ella le había pedido hablarle enseguida, y que en efecto se habían hablado sin que nadie les viera, en el interior de un coche estacionado ante la casa, en una zona de sombras, como si fuesen una pareja que estaba haciendo el amor.

No sabían tampoco que James Norton, había vacilado largo rato antes de darle un consejo. Pero que al fin había dicho esto: si él quería escribir la biografía del pastor Donovan era porque tenía sus mismos ideales. Por lo tanto no le repugnaba el que alguien continuase su obra, siendo por una sola vez y sin que se tuviera que emplear la violencia. Eran justamente las palabras que estaba esperando oír la muchacha.

Por eso ésta, cuando cruzó la calle de nuevo, se sentía mucho más tranquila.

Sabiendo que a James Norton le parecía bien aquello, su misión tenía incluso algo de agradable.

Fue por la noche cuando Elinor Donovan creyó notar una cosa extraña. No la misma noche de su segunda entrevista, sino la siguiente. Unas horas después de retirar ella su ejemplar del *New York Times*, que estaba en el sitio de costumbre, y depositarlo como uno más en el montón de los periódicos viejos.

No le cabía ninguna duda de que su ejemplar normal, después de dejarlo el repartidor, había sido velozmente sustituido por otro. Al rozar las páginas una a una, sus dedos expertos descubrieron que la calidad del papel no era la misma. Sin duda unas hojas falsas. —Y que valían millones—, intercaladas entre las páginas auténticas.

Ahora sólo le quedaba esperar la llegada de Charlie, y oír su oferta de cinco dólares y dos centavos. Sencillo, ¿no?

La información daba así un rodeo que la policía no podría seguir. En manos de los posibles sospechosos. —Por ejemplo los chinos que habían hablado con ella—, nunca se encontraría nada.

Pero aquella noche, como se ha dicho, empezaron a suceder cosas extrañas. La muchacha oyó un leve ruido en su habitación.

Se despertó de pronto.

—¿Quién está ahí?

Volvieron sus viejos terrores de niña. Aquellos terrores que la

acometían cuando sufría una pesadilla y se despertaba de pronto. Pero, al despertarse, las otras niñas podían ver, mientras que ella seguía enfrentándose a un mundo de sombras. Para ella la pesadilla continuaba... Continuaba... ¡Continuaba!

—¿Quién está ahí?

Sólo le respondió un leve roce algo más lejano.

Ahora estaba segura. Alguien había entrado en la casa. ¡Alguien que se movía entre las sombras y que con un solo golpe podía degollarla!

Un frío terror se apoderó de la muchacha. Hasta entonces había sufrido muchas pesadillas, pero ahora era una cosa real. Saltó de la cama, poniéndose con movimientos maquinales una bata, y avanzó atravesando aquel muro de tinieblas.

El sonido se había reproducido.

Ahora estaba segura.

¡Era en el piano!

Lo palpó y entonces se dio cuenta de algo asombroso. ¡La tapa estaba alzada cuando ella siempre la bajaba al terminar las clases! ¡La habían movido!

Sus dedos recorrieron temblorosamente las teclas.

Se movían desconcertados, como las alas de una mariposa.

Y oyó un leve arpegio. Un sonido que se prolongó por la habitación, llenando las sombras.

Sus dedos siguieron avanzando... ¡y entonces tropezó con las manos de aquel hombre! ¡Las manos quietas, aquellas manos que la acechaban desde más allá de la oscuridad!

—No tema —dijo la voz—. No trato de causarle ningún daño.

Elinor dominó su miedo y su asco y llevó poco a poco los dedos hacia el rostro de aquel hombre. Era un tipo joven, de líneas enérgicas. Seguramente un verdadero atleta que no pasaba de los treinta años.

—¿Quién es usted? —barbotó—. ¿Sabe que puedo gritar y llamar a la policía?

—Yo soy la policía.

—¿Qué... qué dice?

—No le haré ningún daño, mientras usted colabore. Permita que me presente: soy el agente Herbert, del FBI.

—¡Nunca he tenido que ver nada con los agentes del FBI! ¡Salga

de aquí inmediatamente!

—Se equivoca, hermana. Haga memoria. Cuando le comunicaron la muerte de su padre, vinieron aquí tres hombres. Uno era un funcionario de prisiones llamado Connor; el otro un pesquisa muerto de hambre llamado Bannister y el tercero un federal llamado Forsyte. Pues bien, Forsyte es compañero mío. Y usted ha tenido algo que ver con el FBI.

—No niego eso —murmuró la muchacha, desconcertada—, ¿pero qué quiere usted?

—Colaboración.

—¿Qué clase de colaboración? ¿Está bromeando?

—Mire, preciosa, a mí me gusta hablar claro y poner las cartas boca arriba. Hace muy poco nos reunieron a Forsyte y a mí con el jefe supremo, con el sumo sacerdote de esta extraña secta que formamos los federales. Usted lo ha oído nombrar: se llama Edgar Hoover. Pues bien, en esa reunión se nos dijo que un científico chino iba a entrar ilegalmente en los Estados Unidos y que se pondría en contacto con otro científico norteamericano para hacer espionaje. Nosotros debíamos indagar qué personas podían sentir simpatías con los chinos en este bendito país. Yo me he puesto a darle vueltas al cerebro y he pensado en usted. Usted está que ni pintada para que le hagan una propuesta.

Era justamente lo que había sucedido.

Elinor se dio cuenta de que aquel hombre le hablaba con tanta claridad para desconcertarla. Era como si le dijese: «Ya ves que sabemos muchas cosas. Suelta lo que sabes tú porque no lograrás engañarnos». Pero Elinor tuvo la suficiente serenidad, para que ni la más mínima emoción se reflejara en su rostro.

Aquel hombre sabía bastantes cosas, pero también estaba dando palos de ciego. Faltaba saber hasta dónde llegaría.

Musitó:

—¿Eso es todo?

—No, no es todo, hermana —dijo Herbert—. Al pensar que usted estaba en el sitio exacto, para que los chinos la buscaran, me dediqué a vigilarla. ¿Y qué ha averiguado Herbert, el federal a quien no le gustan los colores amarillos? Pues el pobre Herbert la ha visto a usted, tan mona y tan pizpireta, yendo a un banco de Central Park donde va hace años, pero para encontrarse esta vez

con dos chinos. ¿Qué pasa? ¿Ha sido casualidad, nena?

Su voz era burlona, pero Elinor no perdió la serenidad.

—No sé de qué me habla. No puede ver a, los hombres que se sientan a mi lado.

—Con éstos hablé.

—Lo niego. No hablé. Ni siquiera sé quién ha podido sentarse junto a mí en el banco.

Está usted rematadamente loco.

—La he fotografiado —dijo Herbert—. Empleé una cámara con teleobjetivo y puedo probar que se sentaron junto a usted dos chinos distintos en dos días consecutivos.

—Pruebe lo que le dé la gana. Hay miles y miles de chinos en Nueva York. No sabía que tuvieran prohibido sentarse cuando les dé la gana en los bancos públicos de Central Park.

Cada vez Elinor se sentía más serena. Aquel hombre había enseñado sus cartas para impresionarla y aturdira, pero lo cierto era que no tenía ninguna carta más. Si les fotografió con teleobjetivo no podía haber oído la conversación. Y, por otra parte, una foto tan lejana por perfecta que sea, no capta el movimiento de los labios, teniendo en cuenta las precauciones que ellos habían tomado para comunicarse. Hasta, durante toda la conversación, estuvieron casi vueltos de espaldas uno al otro.

—¡Hable! —gritó Herbert—. ¡Sólo con la prueba que tengo ya puedo llevarla a la cárcel!

—Es curioso —dijo Elinor—. Ha jugado a ponerme nerviosa y el que se pone nervioso es usted. Ni cárcel ni nada, señor Herbert. Conozco mis derechos. En cuanto usted enseñe esas ridículas fotografías al fiscal del Distrito, ordenará mi inmediata libertad y enseguida le acusaré yo a usted de detención ilegal. No llegará a viejo en su empleo.

—Sí, ¿eh? Pues sepa que he detenido a los dos chinos. ¡Y ellos ya han hablado!

—De acuerdo —dijo Elinor tranquilamente—. Entonces lléveme con ellos.

Herbert tragó saliva. Aquella chica le desconcertaba.

No había detenido a los dos chinos. —Y ella lo sabía—, porque no eran gente fichada ni tenía ningún cargo concreto contra ellos. Además, por si eso fuera poco, habían desaparecido igual que si se

los hubiese tragado la tierra.

Pero Herbert estaba convencido de haber puesto los pies en la buena senda. Todo aquello no podía ser casualidad. Ahora era misión suya hacer hablar a la muchacha.

La zarandeó.

Sabía que estaba cometiendo un acto ilegal, pero eso no le importó demasiado. Había perdido casi por completo el control de sus nervios. Tiró violentamente de Elinor y la envió rodando por el suelo hacia el pozo de tinieblas, que para ella era la habitación.

Las hermosas formas de la muchacha se pusieron al descubierto.

Eran unas formas turbadoras, audaces, las formas de una verdadera diosa de carne.

Pero Herbert sólo dirigió a aquellas curvas poderosas una mirada superficial. Él era simplemente un siervo de la ley. A una muñequita como aquélla, por hermosa que fuese, nunca le haría caso mientras estuviera trabajando.

—¡Habla! —barbotó—. ¡Dime lo que sepas o voy a partirte la boca!

Elinor lanzó un débil gemido.

Había perdido el sentido de la orientación y no sabía dónde estaba, Intentó levantarse, dando un traspié, y la zarpa izquierda de Herbert la sujetó al vuelo. Toda la bata se desgarró de arriba abajo. Elinor quedó en el centro de la habitación prácticamente tal como había venido al mundo.

Los ojos de Herbert brillaron un momento.

Pero sólo un momento.

La sujetó por un brazo y se lo retorció salvajemente. La chica gimió al pensar que se lo rompía. Los dos cuerpos quedaron pegados de tal forma que parecieron uno solo. Elinor con el rostro crispado por el dolor. Herbert enviándole su aliento directamente a la nuca. Por un momento casi llegó a excitarse.

Hizo su llave aún más fuerte, más brutal, exponiéndose a romper el brazo de la chica.

Y entonces aquel puño de hierro surgió de entre las sombras. Aquel puño chocó contra su mandíbula y lo envió hacia atrás como un fardo.

CAPÍTULO XII

UNA SORPRESA PARA HERBERT

El impacto que acababa de recibir Herbert era de los que dejan K.O., a un boxeador y lo tienen media hora tendido en las cuerdas como un pedazo de ropa puesta a seca. Pero Herbert no era un boxeador, sino un tipo más fuerte aún. Había dado y recibido tantos guantazos que una «caricia» como aquélla era justo lo que necesitaba para animarse.

Lanzó una especie de gruñido.

Y embistió contra la sombra que había apenas entrevisto, una sombra de la que surgían dos brazos largos como aspas y dos puños de hierro.

Vino con la cabeza baja.

Y de pronto se le puso alta.

El gancho le había cazado en la mandíbula y le había enviado contra la pared frontera. Herbert empezó a verlo todo negro y a acordarse de una paga extra que le habían prometido para 1977.

Pero aún no se dio por vencido. Aunque no se atrevió a usar su revólver «38» reglamentario. —Porque había entrado en aquella casa de una manera ilegal—, en cambio sí que empleó sus puños. Vino hacia su enemigo, fintó con la izquierda y se lanzó a fondo con la derecha.

No hizo más que tragar aire.

Y algo más que aire.

Su enemigo había esquivado, había fintado también con la izquierda y le había largado con la derecha un cañonazo que convirtió la cabeza de Herbert en algo así como un adorno para un tresillo. El federal giró sobre sí mismo, con los ojos en blanco, y todavía intentó atacar de nuevo.

Un directo al hígado le hizo acordarse de que no, de la paga extra no se la darían en 1977 sino en 1976. Boqueó, intentó respirar hondo y otro gancho le hizo dar entonces otra vuelta completa en el aire, hasta empotrarse en el hueco de la chimenea.

Fue a llevar maquinalmente la mano a la culata de su revólver.

La voz, llegando desde las sombras, musitó:

—No lo haga. Está usted pisando terreno resbaladizo, amigo. Si hace un solo disparo con ese revólver, aunque no de a nadie, le podría costar cinco años de cárcel.

Herbert se enjugó maquinalmente la sangre que partía de su boca.

Demasiado sabía él que aquello era cierto. Había entrado ilegalmente en una vivienda privada y había maltratado a una mujer contra la que no tenía ninguna orden de detención. Si encima dejaba a un hombre baleado tras él, aquello le iba a costar algo más que su carrera.

—No sabía que vivieras con un hombre, puerca —dijo mirando a Elinor—. Pero te juro que esto no ha terminado aquí, condenada hija de perra. Nos volveremos a encontrar.

Se levantó cómo pudo y salió.

Elinor estaba totalmente hundida, totalmente desconcertada. No sabía quién la había salvado tan inesperadamente. No sabía tampoco dónde estaba.

Había perdido por completo el sentido de la orientación.

Tendió las manos hacia adelante, queriendo palpar los objetos conocidos, y de pronto se encontró con la manta. Dos manos que surgían desde el fondo de las sombras la envolvieron en ella.

—Tome —dijo la voz—, ese bestia la ha dejado desnuda.

Elinor se cubrió con un estremecimiento de vergüenza. Debía estar ridícula así, cubierta con la manta, o al menos eso pensaba. No se dio cuenta de que ella, estuviese como estuviese, siempre resultaba soberanamente hermosa.

—¿Quién es usted? —balbució—. ¿Cómo ha entrado?

—Ese tipo no había cerrado bien la puerta después de emplear su llave falsa —dijo la voz—. Y es curioso: ha pensado que yo había llegado de repente porque usted y yo vivimos juntos.

La voz de Elinor se hizo temblorosa.

—Aún no me ha contestado. ¿Quién es usted?

—Hace un año casi justo estuve en esta casa. Fue... fue el terrible día en que se le comunicó a usted la muerte de su padre. No sé si me recordará. Soy el detective privado Bannister.

La muchacha se derrumbó sobre una de las butacas, que había localizado al fin. Notó que le ponían en las manos un vaso de licor. —El único licor que ella tenía en casa—, y lo bebió ávidamente.

—Sí —dijo al cabo de unos instantes— recuerdo perfectamente que vinieron usted, un federal llamado Forsyte y un funcionario llamado Connor. ¿Pero cómo está usted aquí? ¿Es qué me sigue desde hace un año?

—No, no la sigo. En fin en cierto modo puede que sí que la haya seguido... —susurró Bannister—. ¿Me permitirá que sea sincero con usted? Desde el día en que la conocí no he podido olvidar sus... bueno, sus curvas. No se ofenda, porque al fin y al cabo hacemos muchos menos daño los tipos que decimos la verdad. Yo soy un gusano de alcantarilla de esos que sólo salen de su agujero para ver las piernas de las muchachas. Un pesquisa privado muerto de hambre, de esos que van a cobrar una factura y se llevan un guantazo. Pero un día la vi entrar en la Biblioteca Municipal de Nueva York, y la seguí porque usted... ¡ejem...!, bueno aquella mañana, al andar deprisa, usted movía la popa de un modo que daba mareos. Ya ve que soy un sinvergüenza. La estuve observando mientras palpaba un libro con mucha excitación. Mi olfato me dijo que algún peligro la amenazaba y la estuve viendo unas cuantas veces más, sin que usted lo notara, claro. Durante semanas usted ha sido una obsesión para mí aunque reconozco que esto no tiene demasiado sentido. La he visto luego hablando con dos chinos.

Elinor se retorció los dedos nerviosamente.

Resultaba que la había visto la mitad de la población de los Estados Unidos. Las cosas que se quieren hacer con naturalidad tienen ese peligro. Pero inmediatamente Elinor pensó que Bannister quería sonsacarla empleando una táctica distinta de la del otro, aunque en realidad estaban de acuerdo los dos.

—No piense que yo estoy de acuerdo con ese bestia de federal —susurró Bannister, adivinando sus pensamientos—. En realidad lo de los dos chinos me tiene sin cuidado también. ¡Hay tantos en los Estados Unidos! Pero pienso si puede amenazarla a usted algún peligro a causa de alguien que hubiera estado en contacto con su

padre.

La muchacha negó con un movimiento de cabeza. La voz del hombre, suave y tranquila, le inspiraba confianza plena.

—No, ningún peligro —susurró—. Le aseguro que eso es cierto. Bannister chascó dos dedos.

—Verá... —dijo—, puede que usted lo crea así, pero yo no acabo de estar convencido. Temo por usted, y ésa es la razón de que me haya colado dentro unos instantes después de ver entrar a ese bestia de Herbert. No sé si será casualidad, pero hace poco, después de seguirla a usted, me dieron una paliza de espanto. Y yo he recibido tantos trompazos que, la verdad, nena, empiezo a creer que las casualidades no existen. Por eso temo por usted.

Elinor logró sonreír, a pesar de lo turbada que se sentía.

—¿Trata de salvarme de los peligros? —musitó.

—Pues... pues sí.

—Para luego hacerme caer en un peligro mayor, ¿no? Para luego poder averiguar si es confortable o no mi cama.

Bannister echó un poco la cabeza hacia atrás como si acabara de recibir un impacto en ella.

Vaya con la nena...

—Ahora que lo dice usted —murmuró francamente—, le confieso que su cama me ha interesado desde el primer momento. Y no como mueble histórico claro. Ya he empezado por decirle que soy un gusano de alcantarilla. Pero sus palabras me hacen comprender que estoy en ridículo aquí, haciéndome el héroe cuando en realidad lo que más anhelo es enterarme de si lleva usted portaligas o no los lleva. Usted me ha hecho darme cuenta de que todo tiene un límite, nena, y que los gusanos deben volver a las alcantarillas de las que han salido. Perdóneme.

Se acercó a ella y le puso algo en las manos. Era una pequeña tarjeta.

—Ahí está mi teléfono —dijo—. Supongo que no me lo cortarán por falta de pago hasta el mes que viene, de modo que aún le queda un poco de manga para llamarme si me necesita. Cualquier persona le puede leer el número. Y ahora adiós, hermana. Siento no saber lo del portaligas. Siento quedarme con la horrible duda, pero es mejor así.

Fue a abrir la puerta.

La voz de Elinor. —Una voz cálida, espesa, llena de sugerencias atravesó las sombras.

—Es usted un tipo raro, Bannister de verdad que lo es.

—Usted me llama «raro». Otras chicas me llaman algo más fuerte. Gracias por ser tan educada.

—Óigame.

—¿Qué?

—Vaya a la butaca que hay junto a la puerta de mi dormitorio. Hurgue allí. Quizá encuentre algo.

Bannister fue. Claro que fue, el muy maldito. Hurgó allí. Claro que hurgó allí el muy maldito. Encontró un montoncito de ropas deliciosamente finas. Claro que las encontró, el muy maldito. Vio un portaligas color de rosa. Claro que lo vio, el muy maldito.

La voz de la muchacha cálida y espesa, volvió a rasgar las sombras.

—No he querido que se quedara con la horrible duda, Bannister dijo. —Amor con amor se paga.

Bannister tuvo una crispación en el cuello. Por poco se ahoga con su propia saliva.

—Gracias. —Hermana susurró—. Es usted lo que se dice toda una señora.

Cuando salió de allí estaba tan mareado que por poco se cae rodando por las escaleras. El muy maldito.

CAPÍTULO XIII

OTRA SORPRESA PARA HERBERT

El federal Herbert había tenido una extraña y molesta sensación durante todo el camino. Era una vieja sensación ya sentida otras veces y que formaba, por decirlo así, parte de su oficio. Le parecía que alguien le había estado siguiendo. Incluso hasta la misma puerta de su casa había tenido esa oscura impresión.

Más de una vez se había vuelto de pronto.

Más de una vez se había detenido en los escaparates para observar a los que pasaban de largo.

Pero nada de nada.

O eran aprensiones suyas, o el que le seguía lo hacía con mucha habilidad. Al fin llegó a su domicilio. —Un apartamento muy alto situado sobre la Calle Treinta, en una zona tranquila de Manhattan y se sirvió un *whisky* doble después de lavarse bien la cara y de limpiarse las magulladuras. Necesitaba calentarse un poco por dentro después de lo mucho que le habían calentado por fuera. Ahora, un buen rato después de la paliza, le dolían hasta las uñas de los pies.

Se sentó lejos de la ventana, teniendo la pared a su espalda, en el sitio más seguro de la casa y donde no podían hacerle víctima de ninguna encerrona. ¿Pero por qué esa oscura sensación? ¿Por qué creía que alguien estaba acechando para matarle?

Bebió poco a poco.

Se sentía humillado después de su fracaso, pero al mismo tiempo cada vez se sentía más seguro de estar sobre el buen camino. Lo de Elinor Donovan no había sido casualidad. Elinor Donovan sabía algo y a él le correspondía averiguarlo.

Sabía que aquel caso era el más importante en que le habían

metido desde que le colgaron de las narices la placa del FBI. Si triunfaba en aquélla podía llegar a lo más alto, podía llegar a esa cúspide dorada desde la que se mira a los otros con indiferencia. ¡Y él podía triunfar!

Bebió a sorbos tranquilos muy lentamente.

Se estaba bien allí, con la pared a la espalda, bien lejos de la ventana, sintiéndose seguro de cualquier asechanza. Se estaba bien con el confortador contacto del calibre «38» remitido entre la camisa y el pantalón. Nadie podría hacerle daño mientras él daba vueltas a sus pensamientos. Nadie...

Había empezado a llover.

Una niebla espesa envolvía Nueva York. Toda la ciudad parecía una inmensa ratonera llena de misterios, pero la sensación de seguridad que tenía Herbert aumentaba.

Y de pronto otra vez aquel oscuro temor.

Era una cosa inconcreta, una cosa sin sentido.

Alguien hurgaba junto a su puerta...

¿Pero de qué infiernos tenía miedo él? Había salido de la escuela de Quántico convertido en un bloque de piedra capaz de resistirlo todo. Había arrastrado mil peligros. Pese a su juventud tenía ya la experiencia de un agente veterano. ¿Iba a asustarse ahora porque le pareciese que alguien estaba hurgando en su puerta...?

Hizo crujir sus nudillos.

Muy bien.

Después de la paliza que le habían dado en casa de Elinor Donovan, tenía ganas de desquitarse con alguien.

Y si algún tipo quería divertirse a su costa «se divertirían» los dos.

No sacó su revólver porque eso hubiera sido ridículo. Pero mantuvo la derecha muy cerca de la culata.

De repente abrió la puerta.

Y entonces vio a aquella persona. Entonces sus ojos se dilataron de asombro al encontrarse ante aquellos otros ojos.

Los conocía muy bien.

No hacía mucho que los había visto.

De modo que abrió la boca con un gesto de asombro y balbució:

—Pero a estas horas yo...

No tuvo tiempo de decir más.

El punzón de partir hielo. —Una terrible arma homicida que había servido mucho por los siniestros años 30—, se movió con la rapidez de la luz. El golpe estuvo bien calculado y fue certero e implacable. El punzón penetró por entre sus costillas y fue a hundirse en su corazón en línea recta. Allí una mano experta lo retorció un poco, para que los destrozos fueran más fulminantes.

Herbert boqueó.

Boqueó angustiosamente.

Lo único que pudo decir fue:

—Noooooooo...

Sus ojos desencajados aún se negaron a creer aquello. Fue a tirar de la culata del revólver pero ya no le quedaban fuerzas.

La sangre surgía por entre sus labios.

Cayó al suelo mientras los pasos se alejaban poco a poco. Sin ningún nerviosismo. La muerte, una vez cumplida su misión, ya no tenía prisa...

CAPÍTULO XIV

CINCO DÓLARES Y DOS CENTAVOS

La cosa ocurrió con la más absoluta normalidad, como un suceso más de una mañana rutinaria. La asistente portorriqueña abrió la puerta y volvió con cara intrigada a la salita donde la muchacha iba a empezar una clase.

—Niña Elinor —dijo—, un hombre viene a comprar papel viejo. No le había visto nunca por aquí e iba a darle con la puerta en las narices, pero él ha insistido.

La muchacha alzó la cabeza, sobresaltada.

Había estado esperando aquel suceso segundo a segundo y ahora la llegada de Charlie lo más importante de todo, por poco la coge desapercibida.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Usted compra papel viejo? —preguntó—. Tengo unos cuantos quilos. ¿Qué puede ofrecerme por siete quilos, por ejemplo?

—El viejo Charlie siempre paga bien —dijo la voz—. Si llegaran a diez quilos, podría pagarle cinco dólares y dos centavos.

El precio no tenía ninguna lógica, pero eso era lo importante, lo que daba seguridad a Elinor. Sólo un hombre como Charlie podía ofrecerlo.

Fue hacia el lugar donde tenía guardados los diarios. —Entre ellos el *New York Times* del día anterior—, y se los entregó al hombre. Éste, sin mirarlos, los metió en una bolsa, entregó a Elinor unas monedas y se largó.

Bueno, ya estaba.

Elinor suspiró con alivio.

Todo había resultado asombrosamente fácil. Lástima de lo ocurrido la noche anterior, pero eso ya no volvería a repetirse.

Podía estar tranquila.

Fue al mediodía cuando las cosas empezaron a complicarse.

Había terminado sus clases cuando sonó el teléfono. La muchacha lo descolgó ilusionada, pensando que a aquella hora tenía que tratarse de James Norton.

Una voz conocida la sobresaltó. La reconoció enseguida porque era la voz del segundo de los dos chinos que habían hablado con ella.

—Tiene veinte segundos para darme una explicación —susurró aquella voz—. Veinte segundos que van a decidir su destino, porque si no me conviene de una forma que no admita dudas se atenderá a las consecuencias.

Elinor apartó un poco el auricular, como si le quemara.

¿Pero qué decir aquel tipo?

¿Estaba loco?

—Parece mentira que la hija de Donovan haya tratado de engañarnos de ese modo —insistió la voz—. Sólo por esa razón ya no podremos perdonarla si no habla antes de veinte segundos. Empiezo a contar. Uno...

—¡Oiga!

—Dos...

—¡Por favor! ¿Qué es esto? ¿Una historia de locos? ¡Todo se ha desarrollado como me dijeron! ¿Es que les he engañado?

—Aquello no estaba.

—¿Qué...?

—Me entiende perfectamente. Aquello no estaba.

La muchacha sintió como si dos manos poderosas le estrujasen los pulmones hasta ahogarla.

—Espere —balbució.

Fue hacia el lugar donde guardaba los papeles viejos y con las manos lo revisó ávidamente. Jamás había tocado nada con tanta angustia como entonces. Pero el lugar estaba totalmente vacío, tal como ella lo dejó.

Las sombras se hicieron más espesas.

Tuvo la sensación de que iba a caer mientras volvía hacia el teléfono. Le pareció que el aparato estaba a una distancia infinita.

—Oiga... —balbució.

—Ya han pasado los veinte segundos.

—¡Oiga, estoy segura de que se trata de un error! ¡Yo lo entregué! El que les ha engañado es... es...

—No, Charlie no engaña nada. Además no hubiera podido porque le hemos estado siguiendo desde su salida de la casa. Llevamos más de tres horas revisándolo todo hoja por hoja.

—¡No hable de ese modo! ¡Puedo tener controlado el teléfono!

—Si trata de asustarnos, pierde el tiempo. Nos hemos asegurado de que su teléfono todavía no lo controla nadie.

—Pero entonces... entonces...

—¿Es todo lo que tiene que decir?

La muchacha tragó saliva espasmódicamente.

—Es que...

—Han pasado más de sesenta segundos, señorita Donovan. El triple del tiempo que le di. A partir de ahora se atenderá a las consecuencias. Y no trate de llamar a la policía o de pedir la protección de los agentes del FBI, a los que se ha vendido, porque nuestra mano llega a todas partes. Ni aunque la oculten más allá de las puertas del infierno podrá librarse de nosotros.

A Elinor le temblaban las rodillas.

Castañeteaban sus dientes.

Por primera vez en su vida estaba más aterrorizada que el día en que le comunicaron la muerte de su padre al que tanto quería.

—Pero oiga... —musitó—. ¡Por Dios, no cuelgue! ¡Oiga! ¿Cree que si me hubiera vendido al FBI no estaría ya protegida, al cabo de más de tres horas? ¿Creen que ni siquiera estaría intervenido este teléfono? ¿Y piensan que les habrían dejado tan tranquilos a ustedes? ¿Qué no les habrían echado ya el guante, para lo que no tenían más que molestarse en seguir a Charlie?

Se notó clarísimamente una vacilación al otro lado del cable.

La voz sonó mucho menos segura esta vez.

—Reconozco que sus argumentos tienen una lógica aplastante —dijo—, a menos que sea una trama tan bien urdida que no siga los caminos normales.

—¡Qué caminos, normales ni qué niño muerto! ¡Ya los tendrían a todos encerrados! ¡Les juro que digo la verdad! ¡La verdad! ¡La verdad...!

Su acento era tan patético, tan sincero, que el que estaba al otro lado del hilo se sintió impresionado.

Balbució:

—Entonces, ¿he de creer que usted ha olvidado algo? ¿Ha sufrido usted algún ataque de amnesia? ¿Se acuerda exactamente de todo lo que hace?

—¿Por qué pregunta eso?

—No sé... Es una posibilidad que se me ocurre, queriendo creer en su inocencia. La semana pasada se juzgó en la Audiencia el caso de una mujer que había matado a dos hombres durante una fase de amnesia. Luego no se acordaba de nada.

La muchacha se estremeció.

¿Por qué sintió aquel absurdo pinchazo en el corazón? ¿Por qué tuvo la sensación de que aquellas palabras la herían muy directamente?

—Soy una muchacha normal —susurró—. Soy una muchacha normal con la desgracia de ser ciega. Pero hasta en eso puedo curarme con una operación, según me han asegurado los médicos.

Sonó un chasquido.

La comunicación se había cortado. Ahora, al otro lado del cable, sólo acechaba el silencio.

Elinor colgó también.

Se sentía aterrorizada.

Sentía como si la rodeara una corte invisible de fantasmas.

Con las manos en las sienes, trató de recordar. Dos personas habían entrado en su apartamento la noche anterior. Una era el federal Herbert. La otra el detective Bannister.

Una de esas dos personas sabía lo del periódico y se lo había llevado.

Lógicamente tenía que sospechar de Herbert.

Descolgó el teléfono con gestos maquinales y preguntó, en Información el teléfono del FBI, ya que ella no podía mirarlo en la guía. Luego lo marcó nerviosamente. Preguntó por el federal Herbert.

—¿Quién es usted? ¿Por qué llama? ¿Dónde vive?

Eran extrañas tantas preguntas, pero las contestó.

Anotaron su dirección. Luego dijeron:

—Espere.

Otra voz le contestó al cabo de unos instantes, haciendo otra serie de preguntas sin sentido. Elinor tuvo la sensación de que

comprobaban la llamada para saber si la hacía desde el sitio que acababa de decir. Todo eso le parecía más extraño cada vez.

Al fin aquella voz murmuró:

—Es posible que uno de nuestros hombres pase a verla, señorita Donovan. El nombre de usted nos es conocido, por supuesto, aunque no le causaremos ninguna molestia. Mi obligación, no obstante, es advertirle que puede hacerse asistir por un abogado si uno de nuestros agentes la visita.

—Pero todo esto es ridículo... ¿Por qué?

—No es ridículo, señorita Donovan. El agente Herbert fue asesinado anoche en su apartamento.

—¿Anoche...?

—Sí.

—¿A qué hora...?

—A la una de la madrugada aproximadamente.

Elinor sintió como si fuera a derrumbarse. La una de la madrugada... Entonces había sido a poco de salir de allí. Y no se había llevado ningún papel, porque caso de llevárselo lo habría entregado al FBI o los del FBI lo habrían encontrado ya en el apartamento. Y, al parecer, no sabían de eso absolutamente nada.

Claro que también podían haber matado a Herbert para llevarse aquel papel, aquel periódico de la mañana. Por eso preguntó:

—¿Estaba algo revuelto?

—No, nada. ¿Por qué lo pregunta?

Elinor colgó.

La cabeza le daba vueltas.

Si no había sido Herbert, tenía que haber sido Bannister. ¡Eso es! ¡El maldito que decía que sólo le importaban los portaligas!

La muchacha salió a la calle y tomó un taxi. Como no tenía fuerzas ni para hablar, se limitó a entregar al taxista la tarjeta de Bannister.

CAPÍTULO XV

CHUP, CHUP, CHATO

La puerta estaba solo entornada, como si fuera una permanente invitación a que los clientes entraran a toda prisa. La sala de espera estaba más vacía que un panteón por estrenar. La muchacha lo notó enseguida. Se advertía por un roce en la pared el sitio donde había estado apoyada una consola que ya no estaba. Quién sabe si se la habrían llevado por falta de pago.

Más allá había una puerta, y de ésta salía un rumor que tenía muy poco que ver con la seriedad de un detective privado. Salía un sordo rumor de besos.

—Ahora que mi padre ha estirado la pata ya no hay inconveniente en que nos casemos —decía una pastosa vez de mujer.

—Gracias, Ketty Houston, eres una gran hija. Si tu padre pudiera estirar la pata un poco más de lo que la ha estirado, seguro que te daba en las nalgas con ella.

—Oye, tú, menos choteo.

—Yo sólo digo que eres una gran hija. No es ningún insulto.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen tantos remilgos ahora? ¿Es que tengo menos curvas? ¿O es que no me sienta bien el luto?

—Te sienta estupendamente, Ketty. No es eso.

—¿Pues qué? ¿Es que ya no te gusta el olor de la pasta? ¿O te parece que no estoy lo bastante forrada todavía?

—Al contrario. Ahora eres una de las mujeres auténticamente ricas de esta educativa ciudad, nena. Te rasca uno un dedito y sale un dólar.

—Lo que me estás rascando son las narices. Y ya me estoy hartando de ser una chica fina, ¿sabes? ¡O te decides o me largo!

—Pina lo eres mucho, Katty.

—¡Vete al infierno! Ya me llamarás por teléfono si quieres. Pero vas a tener que sacar la lengua por el auricular para que yo te haga caso.

Y Ketty Houston salió.

Casi se tropezó de narices a boca con Elinor. No se dio cuenta de que era una ciega.

—Mira, ahí tienes una cliente —dijo—. O una aspirante a secretaria. Pero si vienes para secretaria te advierto que sólo cobrarás los años bisiestos, nena.

Y salió despectivamente.

Bannister estaba petrificado.

Sus ojos recorrieron la turbadora figura de Elinor sin convencerse todavía de que la muchacha estaba allí.

—Pero... ¿pero qué haces, Elinor? —susurró.

Ella calculó muy bien la posición por la voz. La calculó también como si le estuviese viendo.

Y le largó un guantazo.

¡Clanc!

¡Madre mía!

¡Qué sopapo!

Bannister por poco cae sentado dentro de la papelera. Miró con los ojos entornados a Elinor, dudando entre salir corriendo o contarse hasta diez él mismo.

Al fin balbució:

—Lo del portaligas no es para tanto, nena. Te juro que no me lo llevé a casa.

—Quiero saber qué es lo que te llevaste. Quiero saber si te llevaste el *New York Times* de aquel día.

Sabía que cometía una imprudencia terrible al venir sola allí, porque el asunto era importante para que Bannister se deshiciese de ella. Y si realmente era él quién se había llevado los documentos, como parecía lógico, no vacilaría en quitar de en medio aquel testigo que podía estropearlo todo.

Bannister balbució:

—¿Qué dices, Elinor? ¿Para qué necesitaría yo un periódico? ¿Y por qué había de llevármelo?

—Pues porque... porque...

De pronto sintió que se ahogaba. ¿Qué podía ella decir? Todo aquello era irreal, era terrible, pero al mismo tiempo absurdo. Era como dar manotazos en las sombras.

Tampoco podía contar nada.

Si Bannister era culpable, ya lo sabía. Si era inocente, no convenía que lo supiese.

Las fuerzas la abandonaron al darse cuenta de la inutilidad de todo aquello. Se derrumbó sintiéndose impotente, sintiéndose desolada, sintiéndose la mujer más perdida, más hundida del mundo.

Las lágrimas habían asomado a sus ojos.

Sintió que todo estaba perdido. Lo mismo que había sentido cuando le comunicaron la muerte de su padre.

—Dios mío... —Fue lo único que pudo balbucir—. Dios mío...

¿Por qué la mano que rozó sus cabellos le pareció una mano amiga? ¿Por qué pensó que Bannister tenía que ser inocente, desde el momento en que no la mataba?

Bannister la alzó poco a poco. Le rozaba con respeto, no como si fuera una mujer llena de curvas poderosas, sino simplemente como una niña que llora.

—Por favor —bisbiseó, mientras la hacía sentarse—. Todo esto ha de tener un sentido. Cuéntamelo.

Ella negó con su cabeza tenazmente.

Se daba cuenta ahora de con qué falta de fuerzas se había metido en aquella endemoniada aventura. Ella no tendría jamás el temple de una espía.

—No puedo contarle —susurró.

—Ya sé que no te fías de mí, pero al menos puedo ofrecerte la garantía del secreto profesional. Si yo repitiera una sola palabra de lo que me has dicho aquí, me retirarían la licencia.

Elinor cabeceó.

Si él le preguntaba por lo ocurrido, era porque no sabía nada. Y si no sabía nada, era inocente.

La cabeza de Elinor estallaba, porque no veía en todo aquello ninguna lógica. Pero nada hay que alivie tanto como la confesión, como el saber que alguien te escucha y que puede comprenderte.

Lo contó todo.

Sé sentía infinitamente tranquilizada al librarse de su peso. Lo

contó absolutamente todo, incluso que se había aconsejado con James Norton. Pero tuvo buen cuidado de no atribuir a este ninguna culpa, ya que James Norton ni siquiera había visto aquel periódico. Y no es delito decir a alguien que le parece bien que haga una cosa.

Bannister le había escuchado en silencio.

Un silencio a veces tan angustioso que lo rompía el compás alterado de su respiración.

Por fin dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Dio varias vueltas por la habitación mientras sentía que su cabeza era un torbellino. Preparó una bebida fuerte para Elinor. Y al fin balbució:

—Tengo una cierta experiencia en estos asuntos, muchacha. Mi vida ha transcurrido de lío en lío, de manera que he aprendido a desembrollar algo. Después de dar vueltas al caso, he llegado a la conclusión de que el federal Herbert daba palos de ciego y no tuvo motivos para llevarse nada porque no sabía nada. Por otra parte no olvides que fui yo el que le sacó de allí con las narices por delante; y le aseguro que en aquel momento iba con las manos y los bolsillos vacíos.

—Pero, entonces, ¿quién?

—Ya lo sé: quedo yo. Yo podía saber algo y apoderarme de ese periódico para vendérselo al FBI o a los propios chinos otra vez, que lo pagarían gustosos con tal de que no fuese a parar a manos norteamericanas. Pero yo, ¿cómo podía saber algo? El haberte seguido a distancia no es bastante. No pude oír una palabra de tu conversación con aquellos condenados amarillos. Por tanto, ¿qué podía saber? Hay otra prueba: al ver que me acusabas tan directamente podía haberme deshecho de ti. Este asunto es demasiado serio para que uno se ande con remilgos. Tú te juegas la piel y se juega también la piel todo tipo a quien tú tocas.

Elinor sabía que aquello era verdad. Una terrible verdad. Hundió la cabeza con amargura.

—Es verdad —dijo—. Perdona.

—Queda una solución: queda un hombre que lo sabía todo con anticipación porque tú misma le consultaste qué debías hacer. Un hombre que tuvo mil facilidades para sacar un duplicado de la llave de tu apartamento y entrar después de largarme yo. El único

hombre que puede haber ganado millones con esa operación. Estoy hablando de James Norton.

La muchacha brincó de repente.

Sus ojos brillaron agresivos, iracundos, a pesar de que no veían.

—¡No te metas con James Norton! ¡Él es el único hombre noble que he conocido! ¡Él no puede desearme nada malo!

Bannister echó un poco la cabeza hacia atrás, sorprendido por la reacción de la muchacha.

Y musitó, sintiendo como un cosquilleo en la garganta:

—Le defiendes con mucha fuerza. Es que... ¿es que le quieres?

—Con toda mi alma. Es el único hombre al que me podría unir.

El cosquilleo en la garganta de Bannister se hizo más intenso.

«¿Qué es lo que estoy sintiendo? —pensó—. ¡Un viejo cara dura como yo! ¡Qué tontería...!»

—Pues siento defraudarte, muñeca —susurró—, pero es el único hombre que puede tener eso. De modo que lo mejor que puedes hacer es...

De pronto se calló.

De pronto sintió que se le helaba la sangre en las venas.

No podía dar crédito a sus ojos.

Porque el hombre que entró en su despacho, seguido de otro agente, era el federal Forsyte. El federal Forsyte, que le dirigió una sonrisa helada mientras musitaba:

—Muchas gracias por hacerla hablar, amigo. Ahora lo sabemos todo. Tu colaboración ha sido magnífica...

CAPÍTULO XVI

UNO PARA TI, UNO PARA MÍ, UNO PARA TI...

El silbido de una serpiente ante su propia cara no hubiera horrorizado más a Elinor Donovan. Se dio cuenta en aquel momento de la traición innoble, de la traición miserable de que acababa de ser objeto.

Bannister la había hecho hablar para que oyeran su confesión los hombres del FBI. Y él sería un testigo en el juicio. Todo perfecto, todo bien preparado. ¡Podrían condenarla a muerte como a su propio padre!

Saltó con la energía que da la desesperación. Sus uñas largas, afiladas, bien cuidadas, se hundieron hasta el fondo en el rostro de Bannister.

—¡Maldito perro! ¡Serpiente asquerosa! ¡Me has hecho hablar para que lo oyeran ellos! ¡Sucio traidor, hijo de perra! ¡Te voy a...!

No pudo hacer ni decir más.

Un zarpazo de Forsyte la envió al otro lado de la pieza con las piernas al aire.

¡Y menudas piernas!

¡Y menudo por... por... por...!, ¿creían ustedes que iba a decir menudo portaligas color rosa? ¡Pues no! Menudo por... por... ¡portento!

Forsyte no se andaba por las ramas.

Era duro, implacable, como solo los federales saben serlo a veces. La ley no tiene sentimientos, y él era el brazo derecho de la ley. Recogió a la muchacha, la zarandeó y le gritó casi en la cara:

—¡Vamos, maldita zorra! ¿Creíais que no íbamos a seguirte? ¿Nos supones tan idiotas? Ya tenemos lo que necesitábamos. Ahora... ¡fuera!

La arrastró casi hacia la puerta. Pero de pronto se detuvo. Se detuvo porque le parecía haber chocado con algo que volaba por el aire.

Aquello que volaba no era nada material, pero existía y hasta parecía tener peso. Era la mirada glacial, implacable de Bannister.

—Suelta a la chica —murmuró éste—. En mi despacho no teníais ningún derecho a montar una cochina trampa.

—¡Muy bien! ¡Entonces protesta o niégate a comparecer como testigo! ¡Yo te juro que te vuela la licencia!

Bannister rechinó los dientes.

—La licencia me la paso por debajo del ombligo, nene.

Y a pesar de que a Bannister aún le dolían todas las costillas, se movió. ¡Vaya si se movió...! Su derecha la hubiera envidiado Cassius Clay en el mejor momento de su carrera. Y la cara que le quedó al federal que acompañaba a Forsyte, pareció un cuadro de Picasso. La nariz por poco le sale por una oreja en forma de triángulo. Fue él quien primero recibió porque fue él quien primero había querido echar mano al revólver.

Forsyte también trató de defenderse. Mejor dicho, de atacar.

Pero a Bannister ya no había quien le detuviese. Estaba demasiado picado para que ahora le frenara una placa de federal más o menos. El golpe que dirigió a la mandíbula de Forsyte fue de los que abren un sitio para otra chimenea en la proa de un acorazado.

Forsyte rodó por el suelo.

Había sido sorprendido por la fulminante reacción de Bannister. Ni él ni su compañero la esperaban, de modo que fueron cazados de lleno. Una para mí, una para ti, otra para mí, otra para ti... Los dos hombres jugaban todos los números de la rifa y se llevaron todos los premios. Apenas un minuto después de su espectacular entrada en el despacho, rodaban los dos por tierra mientras buscaban con los ojos al árbitro para reclamar golpe bajo.

Porque golpe bajo también lo había habido, ésa es la verdad. Pero cualquiera se andaba leyendo los reglamentos en un asunto de silla eléctrica.

Bannister sabía que el desconcierto de los dos federales no duraría mucho. Incluso podían disparar, aunque su cargo no les permitía ser demasiado alegres con el gatillo. Por eso dio un

empujón a Elinor hacia la puerta mientras gritaba:

—¡Pronto, huye! ¡Huye...!

La muchacha escapó.

Sabía dónde estaba la puerta del despacho y se encontró inmediatamente en la calle. Dobló la esquina corriendo como una loca, hasta oír el jadeo del autobús que se detenía delante de ella.

Había tenido suerte.

Una parada.

La misma gente casi la empujó. Se encontró en la plataforma, en marcha ya, sin saber cómo.

Mientras tanto Bannister, que había conseguido lo más difícil, se preocupó ahora un poco de sí mismo. Podía entregarse pero en ese caso le encerrarían y no podría ayudar a la muchacha. En consecuencia sólo podía hacer una cosa. Una cosa que se resumía en tres palabras:

Primera: Atizar.

Segunda: Atizar.

Tercera: Atizar.

De las tres palabras empleó dos. Es decir, el muy buitre atizó sólo dos veces. Pero fueron con los pies y a las mandíbulas de sus adversarios que quedaron en estado de K.O., durante unos instantes. Bannister los aprovechó.

Debía agradecerles el que no hubieran usado las armas, pero aún podían arrepentirse y clavarle una bala en la pierna derecha. O en la izquierda. O entre las dos, que era lo malo.

Sólo de pensarlo sentía frío. Habría que ver lo que explicaba él luego a sus amistades, si eso pasaba.

Saltó por encima de los dos cuerpos y echó a correr. Menos mal que tenía el automóvil allí cerca. Con multa de aparcamiento indebido, naturalmente.

Bannister voló materialmente con él. Se metió en dirección prohibida.

Si le pescaba uno de tráfico, iba a tener que rascarse el bolsillo hasta que no le quedaran ni los forros. Pero ya no vendría de una vez. En la oficina de multas ya le conocían todos y hasta le preguntaban por la familia. Incluso Bannister les había sugerido cierta vez una idea: hacerse un abono.

Lo mismo la incluía en su campaña electoral el alcalde míster

Lindsay.

CAPÍTULO XVII

LAS MANOS EN LA SOMBRA

Desde el momento en que la muchacha huyó, no tuvo más que una sola idea un solo pensamiento: avisar a James Norton. Pese a lo que Bannister había dicho, ella estaba segura de que Norton era inocente. Y no sólo eso: ahora los del FBI conocían su nombre y podían procesarle por un crimen que no había cometido.

Por tanto tenía que avisarle.

¡Tenía que ayudarle a huir!

¡A él, el único hombre noble que había conocido!

Descendió un par de paradas más allá y, sin saber dónde estaba, preguntó a un transeúnte por una parada de taxis. El viandante detuvo uno y la ayudó a subir. Elinor le dio la dirección de la Calle Doce, la del despacho de Norton que éste le había dado una vez.

La Calle Doce estaba prácticamente en Greenwich Village.

El taxista bajó para asegurarse y le indicó que, en efecto, una de las placas de la puerta indicaba el nombre de James Norton. Era en el segundo piso. La chica pagó y el taxista dijo que qué lástima que pagase en moneda. Elinor le prometió que en cuanto recuperase la vista le pagaría con una pedrada. El tío se largó mirando atrás las curvas que desaparecían por el portal. Una esquina más abajo se había pegado un castañazo con un coche en el que viajaba el jefe de policía de la ciudad.

Elinor encontró fácilmente el despacho.

Empujó.

La puerta estaba solo entornada.

Tuvo una sensación de luz, porque sus ojos, ya más curados desde un tiempo atrás, no distinguían los objetos, pero sí las variaciones de luminosidad. Y tuvo también una sensación de calor.

Desde el fondo de aquella luz había brotado aquella voz cálida, suave:

—Elinor...

Ella sólo pudo decir:

—Dios santo...

Se dejó caer casi en los brazos del hombre, que la recogió en ellos. Su corazón latía tan aceleradamente como el de un pajarillo asustado.

—Elinor, ¿cómo has venido aquí?

—Tú me diste la dirección un día. No hubiera venido si no llega a ser por algo muy importante, James. ¡Por algo terrible! ¡Te acusan de espionaje! ¡Pueden detenerte! ¡A ti, que nunca has hecho nada malo!

—Pero ¿por qué? ¿Qué tonterías estás diciendo, muchacha?

—Te juro que...

Y de pronto la muchacha quedó quieta.

Muy quieta.

No terminó de hablar.

¿Qué era aquello?

¿Qué era aquella caricia siniestra?

¿Aquella cosa suave, demasiado suave, que se apoyaba en su garganta?

¿Qué significaba allí el filo de una navaja barbera?

Hasta que de pronto la voz se lo desveló todo. Hasta que aquella voz cambió. Dejó de ser la voz de Norton para transformarse en una voz muy distinta, ya sin imitaciones ni disfraces. ¡Para transformarse en la voz del federal Forsythe!

CAPÍTULO XVIII

LO SIENTO, MUÑECA

De los labios de Elinor escapó apenas un soplo.

—¿Pero por qué? —suplicó—. ¿Por qué...?

—Muy sencillo, muñeca —susurró la otra voz, la voz lenta odiosa—. Porque gracias a ti puedo ganar quizá dos millones de dólares vendiendo a mi propio Gobierno algo que tiene mucho interés en conocer. O una suma quizá equivalente si vendo a los chinos lo mismo que ellos te han regalado.

Elinor estaba aterrada.

Ya no se acordaba ni del filo del acero en su garganta.

Barbotó:

—¿Pero cómo sabías que... que...?

—Para un hombre como yo no era difícil prever los acontecimientos a un año vista, preciosa. Muerto tu padre, los chinos entrarían indefectiblemente en contacto contigo. Era cuestión de tiempo, mejor dicho, de que ingresaran en la ONU, cosa que ya nadie podía evitar. Entonces se atreverían a organizar en grande su red de espionaje aquí, como nosotros tratamos de organizarla en Pekín. También era lógico que un científico amarillo trajera informes sobre el estado actual de sus investigaciones, para que el agente que trabajaba aquí empezase a estudiar a partir de ese nivel, ya que de lo contrario habría dado palos de ciego. Consecuencia: tú podrías tener en tus manos una información valiosísima, una información exacta sobre el nivel atómico chino. Por eso me preparé.

—¿Cómo te... te preparaste?

—Ante todo, editando un libro. Un libro muy malo, donde todo estaba copiado, pero que tenía muchas fotografías y una

encuadernación magnífica. A una ciega como tú le habría de hacer mucha impresión. Me gasté bastante dinero en una edición de muy pocos ejemplares, uno de los cuales regalé a la Biblioteca Municipal. Todo bajo el nombre de James Norton, nombre con el cual también alquilé este despacho. Para venir a él para presentarme ante ti me maquillaba un poco, sólo lo suficiente para que desde lejos no se me pudiera confundir con el federal Forsyte. Luego empezó la segunda parte: ganarme tu confianza. Para ello me presentó como el hombre que quería escribir una biografía de tu padre. Te di la referencia del libro que ya tenía editado y dejé que lo palparas. Como había supuesto, te causó una gran impresión. Los dos agentes chinos, que ya vigilaban toda tu correspondencia, te robaron la carta, pero eso no impidió que nos pusiéramos en contacto de todos modos. Luego te salvé la vida en nuestra primera entrevista. Lo hice a propósito, con un golpe calculado para ganarme del todo tu confianza. Un hombre pagado estuvo a punto de atropellarte y yo te salvé. Después de eso, ¿qué cosa podías negarme?

Elinor sintió que se contraía su garganta.

No era de miedo por la presión de la navaja.

Era de pena. De asco tal vez.

De ver un mundo que se derrumbaba en torno suyo, el único mundo hermoso que había logrado forjar en su noche eterna. Como si uno viera que de pronto caen del cielo, destruidas, las más hermosas estrellas.

Forsyte continuó:

—También fingí que me atropellaban a mí. Hice publicar la noticia de pago en el periódico que tú leías siempre, y compré los servicios de una enfermera que yo estaba internado, cuando en realidad no había puesto los pies allí nunca. Incluso cuando fuiste a visitarme, la señorita Bradford salió a tu encuentro antes de que tú pudieras preguntar a otra. Te aseguro que no se me podía molestar, pero tú te hubieras jugado la cabeza a que yo estaba en la clínica.

—Claro... claro que me la hubiera jugado. Lo creí a pies juntillas. Pero todo eso, ¿por qué?

—Fue por causa de Bannister. Ese miserable pesquisa muerto de hambre te estaba husmeando como un perro callejero y podía averiguar algo. El tío no tiene ni un dólar, pero tampoco un pelo de tonto. En consecuencia le hice apalear en un solar abandonado por

unos cuantos matones de los *docks*. Tuve el cinismo de ir a visitarle al hospital para ver qué clase de trabajo habían hecho. Y lo habían apañado bien. Lo bastante para que se largara de la ciudad, que era lo que yo quería. Pero mientras yo estaba en la clínica y él me veía, un periódico publicaba lo del atropello de Norton y tú hablabas con mi enfermera. Ni tú ni él pensaríais jamás que éramos la misma persona. Que Norton no existía.

Ahora Elinor sintió una violenta náusea.

No podía más.

Hubiera querido ver para poder distinguir la cara de aquel hombre. ¡Para poder escupirle de lleno!

Pero él, fría e implacablemente, continuó:

—Sabía que, cuando los chinos, inocentes ellos, se pusieran en contacto contigo, tú me consultarías puesto que tenía ganada toda tu confianza. Fingí, dudar, pero me faltó tiempo para decirte que sí. Aquella noche me dispuse a robarte el diario con un, duplicado de tu llave que había podido obtener fácilmente, pero se me adelantó el bestia de Herbert. Éste tenía la misma misión que yo y sospechaba de ti. Cuando salió de la casa, pensé, que llevaba el periódico y le seguí. Es más, casi estaba seguro de que lo llevaba. Y, si no, era igual. De cualquier forma y modo, ya había metido demasiado los hocicos en aquel mejunje y podía atar muchos cabos si se le dejaba. Una sola, relación que establecieran entre Norton y yo me hundía para siempre. De modo que me fue muy fácil acabar con él, sabiendo que jamás me culparían de ese crimen. Por fin volví a tu casa, me hice con el ejemplar del *New York Times* que tú misma me habías descrito y aquí lo tengo para venderlo a unos o a otros. El último acto, por fin, era buscar un culpable. ¿Y quién mejor que tú? Me presenté en el despacho de Bannister con otro federal, después de haberte seguido, y tuvimos la suerte de recoger tu confesión. Con eso quedabas atada de pies y manos. Luego los federales perseguiríamos a James Norton. Entre ellos lo perseguiría yo mismo, el héroe que lo había solucionado todo. Pero James Norton no existía no volvería a existir jamás. Se perdería para siempre en la noche de los tiempos después de haber hecho el negocio. Tú irías a la cárcel para siempre y... ¡asunto acabado!

¡Pero Bannister lo estropeó al dejarte huir! Menos mal que tú misma lo has arreglado al venir aquí, nena. Me has ahorrado el

trabajo de buscarte. Mi último acto antes de desaparecer para siempre de este despacho será ¡matarte! ¡Ver si tu sangre es tan roja como tus maravillosos labios!

Movió la navaja barbera.

Fue a segar de un golpe aquel cuello que se le ofrecía quieto, tentador, mórbido.

¡A destrozar aquella cara!

Pero el filo de la navaja se perdió en el aire. El tajo no alcanzó a Elinor porque en el último segundo... ¡alguien había desviado la mano asesina! ¡Alguien se había lanzado contra Forsyte con el impulso de una fiera!

CAPÍTULO XIX

PAGA Y CALLA

Forsyte lanzó un rugido al ver que era Bannister el que acababa de entrar. Se dio cuenta de que se había entretenido demasiado allí, de que había dejado el cabo suelto de la Calle Doce, donde era posible que Bannister fuera a buscar a «Norton» para arrancarle la verdad. Y ahora la horrible verdad ya la sabía. Ahora Bannister sólo necesitaba... ¡matar!

Como lo necesitaba él.

Porque Bannister y Elinor significaban la muerte. No sólo sabían que el diario estaba aún allí, sino que podían acusarle.

Abandonando toda precaución, porque no le convenía usar aquel arma, fue a sacar su reglamentario «calibre 38».

Bannister le demostró que seguía siendo un muerto de hambre.

Pero se pega mejor con el estómago vacío.

El doble gancho que le conectó al mentón hizo que Forsyte soltara su revólver. Giró sobre sí mismo. Fue a recuperar la navaja que había perdido.

Pero Bannister farfulló:

—Aún no tienes la suficiente barba, macho.

Un rodillazo al bajo vientre le hizo doblarse trágicamente. Forsyte era fuerte, pero no podía enfrentarse a aquella especie de ciclón desatado y además había sido cazado por sorpresa. Empezó a ver que todo giraba en torno suyo.

Quiso huir.

¡Aún podía llegar a la puerta! ¡Aún podía huir de aquella tempestad de golpes!

Pero el nuevo y brutal impacto le hizo estrellarse contra la ventana. La ventana se rompió bajo el peso de su cuerpo y Forsyte,

lanzando un alarido, se precipitó al vacío.

Pero no se mató, porque era un segundo piso.

Además cayó en un sitio semi blando.

Quedó sin sentido encima del techo de un automóvil que por poco se hace papilla. Un automóvil que, naturalmente, era el de Bannister. Un automóvil que, naturalmente, tenía al lado un policía de tráfico. Un automóvil que, estaba mal aparcado. Y ya le ponían en el parabrisas el volante de la multa, como una felicitación anticipada de Año Nuevo.

Bannister susurró, mirando hacia abajo:

—Bueno, es la primera vez que me alegro de ver un policía de tráfico porque podrá ayudarme. Por lo demás, a pagar la multa y a callar. ¿Vienes, Elinor? Aún tendremos tiempo de meter a ese tipo en el coche y llevarlo al Precinto de Policía antes de que se derrita.

Ella hizo un gesto afirmativo.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Pero otra vez volvía a haber en ellos esperanza, ansia de vida y, sobre todo, un poco de fe.

Bannister la tomó en sus brazos para conducirla hasta la puerta.

Pero la tomó de tal modo que ella bisbiseó:

—Oye, tú...

—Perdona. Supongo que antes tendré que pedirte en matrimonio, nena.

—¿En matrimonio? ¿A mí? ¡Pero si puedes casarte con Ketty Houston! ¡Yo misma lo he oído! ¡Y todo el mundo sabe que Ketty Houston es ahora una mujer inmensamente rica!

Bannister musitó:

—Prefiero seguir siendo un muerto de hambre, nena. Aunque ahora, si te tengo a ti, habré de cambiar de vida.

—¿Pero por qué con ella no?

—Primero porque me gustas. Y después porque, si ella ha deseado que estirara la pata su padre, también acabará deseando que estire la pata su marido.

Y salieron los dos.

El agente de tráfico seguía impasible abajo, mirando ahora el inanimado Forsythe y tomando notas en otro boletín de denuncia.

—¡Pero si ya me ha multado por aparcamiento indebido! —gritó Bannister—. ¿Esta segunda multa por qué...?

El otro dijo sin inmutarse:

—Por llevar encima del coche objetos no autorizados. ¿O es que va a negarlo?

Y siguió escribiendo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] La sede de la ONU, como se sabe, está al final de la Calle 42, que es la más importante de Manhattan. < <

[2] El derecho de valija diplomática consiste en el que tienen los representantes de un país para que sus equipajes no sean registrados por la aduana ni por la policía de otro. (N. del A.). < <